

Una embajada inglesa a la corte de los Reyes Católicos y su descripción en el «Diario» de Roger Machado. Año 1489

An English Embassy to the Court of the Catholic Monarchs described in the «Diary» of Roger Machado (1489)

Juan Manuel BELLO LEÓN
Beatriz HERNÁNDEZ PÉREZ

C.E.M.Y.R. Universidad de La Laguna

RESUMEN

Detallada relación de viaje, según el texto editado por James Gairdner en 1858, que se incluye en anexo. La embajada inglesa, enviada para negociar el futuro matrimonio de Arturo de Inglaterra y Catalina de Aragón, hizo escalas en Bilbao, Laredo, Burgos, Valladolid, Medina del Campo, donde los enviados se entrevistaron con los Reyes Católicos y Plasencia, pasando después a Lisboa. Descripción de diversas fiestas y agasajos.

ABSTRACT

A detailed travel account based on the text edited by James Gairdner in 1858, included as an appendix. The English embassy, sent to negotiate the future marriage of Arthur of England and Catherine of Aragon, visited Bilbao, Laredo, Burgos, Valladolid, Medina del Campo, where the Catholic Monarch received it, and Plasencia, before traveling to Lisbon. Description of diverse receptions and festivities.

PALABRAS CLAVE

Inglaterra.
Reyes Católicos.
Embajada.
Viajes
por Castilla
y Portugal.
Fiestas de Corte.
Relaciones
diplomáticas

KEY WORDS

England.
Catholic
Monarchs.
Embassy.
Travels in Castile
and Portugal

SUMARIO Introducción. 1. Los protagonistas de la embajada. 2. El itinerario. 3. La entrevista con los reyes. Conclusiones.

Introducción

Hace poco más de cien años Arturo Farinelli llamaba la atención de sus lectores sobre los numerosos autores y obras que durante siglos se dedicaron a la descripción de viajes por España y Portugal¹. El hispanista italiano no hacía sino confirmar lo que unos años antes pusieron de manifiesto los trabajos de Fouché-Delboe, J. F. Riaño, Javier Liske o Antonio María Fabié². Todos ellos se empeñaron en buscar, recopilar y traducir las relaciones de viajes de extranjeros, dando noticias de geógrafos, embajadores o peregrinos que viajaban por la Península Ibérica desde la antigüedad hasta el siglo XX. Estos primeros trabajos impulsaron la investigación, animándose filólogos e historiadores a realizar una labor de análisis de los textos, para dar a la imprenta ediciones depuradas y anotadas que han puesto de relieve el valor de estas descripciones para el conocimiento de nuestro pasado³.

¹ Las primeras páginas que Farinelli publicó sobre sus estudios de viajes y viajeros por la Península Ibérica vieron la luz en una publicación de la Universidad de Oviedo en 1898, luego ampliado en varios números de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Finalmente entre 1942 y 1944 culminó su tarea con la edición de tres volúmenes en los que se recogía el fruto de más de cuarenta años consagrados a la búsqueda de relatos de viajes a España y Portugal. Véase FARINELLI, Arturo: *Viajes por España y Portugal. Desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevos y antiguas divagaciones bibliográficas*. Roma, 1942-44.

² Uno de los primeros trabajos que se publicaron sobre los viajeros por la España medieval fue el correspondiente a la conferencia que el 1 de mayo de 1877 dió en Madrid Juan Facundo Riaño. Véase «Viajes de Extranjeros por España en el siglo XV», *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*. Tomo III, Madrid, 1877, pp. 289-301. Al año siguiente, en 1878, se publicaba en Madrid el libro de Javier Liske: *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII* (existe una edición facsímil publicada en Valencia en 1996). En este libro, Facundo Riaño tradujo los relatos de los viajeros (Nicolás de Popielovo, Juan Dantisco, Erich Lassota y Jacobo Sobieski) que el Catedrático de Historia de la Universidad de Lemberg (Polonia) había recopilado en un primer intento de dar a conocer los textos de autores de la Europa Central y del Este. Un año después, en 1879, Antonio María Fabié publicaba, también en Madrid, su libro *Viaje por España de Jorge de Ethingen, del barón León de Rozmuthal de Blatna, de Francisco Guicciardini y de Andrés Navagero*. Estos tres trabajos no cayeron en saco roto. Diecisiete años después salía de la imprenta la primera obra que ofrecía una visión exhaustiva de la descripción de viajes por la Península Ibérica a lo largo de la historia. Nos referimos al trabajo del conocido hispanista R. Fouché-Delboe *Bibliographie des voyages en Espagne et Portugal*. Paris, 1896.

³ La bibliografía que se ha ocupado de los viajes, viajeros y rutas en la España medieval y moderna en general alcanza hoy en día proporciones considerables. Sigue siendo fundamental el amplio estudio de GARCÍA MERCADAL, J.: *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta finales del siglo XVI*. Madrid, 1952 (existe una reedición editada en Salamanca en 1999) Poco antes se había publicado el artículo de DELLA TORRE, S.: «Noticias de viajes en la España cristiana medieval», en *Cuadernos de Historia de España*, n.º XII (1949), pp. 70-104. También destacar el trabajo de FICK, B.: *El libro de viajes en la España medieval*, Santiago de Chile, 1976. Un panorama general sobre el significado y la frecuencia del viaje durante la Edad Media puede verse en el trabajo de WADE LABARGE, M.: *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*, Madrid, 1992 En la actualidad el que quizás conoce mejor el incesante peregrinar de los viajeros por territorio hispano es el profesor Joaquín RUBIO TOVAR. Fruto de sus investigaciones fue la obra *Libros españoles de viajes medievales*, Madrid, 1986, además de artículos y ponencias presentadas a los coloquios como el de Aguilar de Campo (Palencia, 1993) *Viajes y viajeros en la España Medieval*. Actas del V Curso de Cultura Medieval, Madrid, 1997. Pero si, como dice el profesor Tovar, tenemos presente que el estudio y conocimiento de los viajes supone hablar de los caminos, de las peregrinaciones, de las rutas comerciales, de los viajes de cortes reales, de las legaciones diplomáticas, etc. llegamos a la conclusión de que la bibliografía es de proporciones inabarcables. Para hacerse una idea de esto último basta con acudir a las comunicaciones que se presentan en *Viajeros, peregrinos, mercaderes en el Occidente Medieval*. XVIII Semana de Estudios Medievales de Estella (1991), Gobierno de Navarra, 1992, especialmente a las páginas 271 a 341 en que se recopilan centenares de títulos publicados entre 1970 y 1990.

De entre las múltiples memorias y relatos que se escribieron a finales de la Edad Media, nosotros nos proponemos dar noticia de uno que, pese a ser conocido desde hace mucho tiempo, creemos que no ha recibido la atención que merece, sobre todo si tenemos en cuenta que en él quizás se hace una de las mejores descripciones del ambiente palaciego que rodeaba a la Corte de los Reyes Católicos. Nos referimos al relato que el inglés Roger Machado nos dejó de la embajada que en 1489 envió el rey Enrique VII a la Corte castellana con el objetivo de negociar el matrimonio de Arturo, heredero del trono inglés, con la princesa Catalina, hija de los Reyes Católicos⁴.

El referido texto forma parte de un diario que fue impreso por primera vez en 1858, recogiendo en la edición que hizo James Gairdner los relatos de su viaje por España y Portugal, además de los que en 1490 hizo por Bretaña⁵. Se hace una amplia referencia al mismo en los *Calendars of Letters, Despatches and State Paper, Relating to the Negotiations between England and Spain*⁶, y a partir de ahí es difundido a través de breves notas por J. F. Riaño, A. de la Torre, García Mercadal, etc. Pero, que sepamos, nunca se ha hecho un estudio y edición en castellano. A ese objetivo queremos dedicar las siguientes páginas.

1. Los protagonistas de la embajada

No pretendemos con este trabajo acercarnos a la amplia actividad diplomática que impulsó el acercamiento político a Inglaterra y el progresivo distanciamiento y enemistad con Francia; y aunque en algunos momentos haremos referencia al entramado político, remitimos al lector a la abundante bibliografía en la que se describen las circunstancias generales que rodearon el origen de esta misión diplomática⁷. Baste con decir que las negociaciones fueron el fruto del interés que tanto los Reyes Católicos como Enrique VII tenían por asegurarse amistad y ayuda.

⁴ No era la primera vez que las casas reinantes en Castilla e Inglaterra buscan la alianza matrimonial como instrumento de acercamiento político, integración territorial o estrategias bélicas. Aunque de valor desigual, véase el voluminoso estudio que ha publicado YBARRA, Fernando de: *Matrimonios reales hispano-británicos en el medievo*. Salamanca, 1999. 2 vols. para acercarse a la importancia de los enlaces matrimoniales en la política medieval hispana pueden verse los trabajos de SUÁREZ, Luis: «Capitulaciones matrimoniales entre Castilla y Portugal en el siglo XIV (1373-1383)», en *Hispania*, n.º 33, Madrid, 1948, pp. 531-561; y ROSELL, P.: «Una alianza frustrada. Las bodas de Pedro I y Juana Plantagenet», en *Anuario de Estudios Medievales*, n.º 2, Barcelona, 1965, pp. 301-332.

⁵ La obra, *Memorials of King Henry the Seventh*, Londres, 1858, recoge la versión francesa y su traducción al inglés de los diarios de Roger Machado, además de numerosas cartas enviadas por los Reyes Católicos a su embajador en Inglaterra y otros textos que documentan las relaciones hispano-británicas a finales de la Edad Media.

⁶ Editado por G. A. Bergenroth. Londres, 1862. Concretamente en el volumen I (Henry VII, 1485-1509), p. 21.

⁷ La política internacional de los Reyes Católicos cuenta con exhaustivas investigaciones a las que nos remitimos. Véase DUOSSINAGUE, José María: *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid, 1944; TORRE, A. de y SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Documentos sobre las relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, Barcelona, 1949. 6 vols.; de los mismos autores *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, Valladolid, 1956-1963. 3 vols. Al mencionado Luis SUÁREZ debemos el monumental trabajo (6 vols.) *Política internacional de Isabel la Católica*, Valladolid, 1965-1972. Para una visión general de la diplomacia medieval hispana es fundamental la consulta de la gran obra de conjunto de OCHOA BRUN, M. A.: *Historia de la Diplomacia española*, Madrid, 1991-1995. 4 vols. Esta última obra, a la que haremos continuamente referencia, ha demostrado que los reinos hispanos desplegaron una verdadera organización diplomática para defender sus intereses económicos y políticos.

Prepararon el camino el empeño político de los monarcas hispanos por evitar las pretensiones sobre Bretaña de Luis XI de Francia, la lucha por los condados pirenaicos (Rosellón y Cerdeña) y la defensa de los intereses comerciales que enlazaban a castellanos e ingleses. Por otro lado, la necesidad de afirmar su acceso al trono tras la batalla de Bosworth, y la vieja reivindicación de la soberanía sobre los ducados de Guyena y Normandía, hicieron que el monarca Tudor impulsara desde los inicios de su reinado el acercamiento a Castilla⁸. Comenzó entonces (año 1488) una larga negociación en la que se entremezclaron problemas y circunstancias cuya naturaleza exigió un enorme esfuerzo a los representantes de ambas coronas⁹. Uno de los ejes sobre el que los Reyes Católicos concentraron su atención preferente fue el del matrimonio de su cuarta hija, Catalina, con Arturo, príncipe de Gales, entendiéndose que este vínculo facilitaría posteriores acuerdos que favoreciesen las relaciones comerciales y la alianza militar¹⁰.

Desde aquí poco o nada podemos añadir a lo ya publicado sobre la biografía del hombre que nos ha legado esta descripción: Roger Machado¹¹. El propio diario no permite sacar ninguna precisión sobre su origen, ni sobre cómo entró a formar parte del servicio diplomático del monarca inglés. Como ya señaló el primer editor del texto, es evidente que su apellido —Machado— denota una claro origen hispano, y quizás también su nombre —Roger (Rui)—¹².

⁸ Las crónicas castellanas también se hicieron eco de los acontecimientos en Inglaterra, así como de la voluntad del nuevo monarca de pregonar «paz general con toda la cristiandad, especialmente con Francia y España». Véase VALERA, Diego: *Crónica de los Reyes Católicos*. Ed. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1927, cap. LXX.

⁹ En la actualidad contamos con varios trabajos que analizan de forma específica las relaciones hispano británicas a finales de la Edad Media. Por empezar por el más reciente, y quizás uno de los más valiosos, nos remitimos al de VARELA, Consuelo: *Ingleses en España y Portugal, 1480-1515. Aristócratas, mercaderes e impositores*, Lisboa, 1998. Veinte años antes se publicó otro trabajo fundamental para el estudio de estas relaciones bilaterales, el de CHILDS, Wendy R.: *Anglo-Castilian trade in the later Middle Ages*, Manchester, 1978. Recientemente la profesora Childs nos ha ofrecido un estudio en el que se analizan las actividades de los mercaderes burgaleses en Inglaterra a finales del siglo XV; véase «El Consulado del Mar, los mercaderes de Burgos e Inglaterra», en *Actas del V Centenario del Consulado de Burgos (1494-1994)*, Burgos, 1995, pp. 349-420. Véase, además, el trabajo de CAUNEDO DEL POTRO, Betsabé: *La actividad de los mercaderes ingleses en Castilla (1475-1492)*, Universidad Autónoma de Madrid, 1984.

¹⁰ Para comprender el análisis de los proyectos anglo-castellanos de alianza y matrimonio durante el reinado de los Reyes Católicos son fundamentales los trabajos de URÍA MAQUA, Juan: «Los matrimonios de Catalina de Aragón base de la alianza entre Inglaterra y Castilla», publicado en *Estudios en Homenaje a don Claudio Sánchez-Albornoz en sus 90 años*. Tomo V. Anexos de *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, 1990, pp. 403-429, y STARKIE, W.: «Reflejos en Inglaterra de la personalidad del rey Católico», en *V Congreso de la Corona de Aragón*, Barcelona, 1952, pp. 197-220.

¹¹ Los datos más amplios pueden verse en el artículo de JONES, Michael: «Les ambassades de Roger Machado, le héritier Richmond en Bretagne (1490)», en 1491 *La Bretagne, terre d'Europe*, Brest, 1992, pp. 147-160.

¹² No debe extrañarnos el probable origen hispano de Machado ya que la comunidad castellana y portuguesa establecida en Inglaterra remonta sus orígenes al siglo XIII. Véase RUIZ, T. F.: «Mercaderes castellanos en Inglaterra, 1249-1350», en *Anuario de estudios Marítimos Juan de la Cosa*, vol. I, 1977, pp. 11-38; y CASADO ALONSO, II.: «Las colonias de mercaderes castellanos en Europa (siglos XV y XVI)», en *Castilla y Europa. Comercio y mercaderes en los siglos XIV, XV y XVI*, Burgos, 1995, pp. 15-56. Tampoco debe asombrarnos la posibilidad de que un extranjero, o al menos alguien que no fuera natural del reino al que representa, entrara al servicio de su diplomacia. Ochoa Brun llamó la atención sobre esta particularidad de la diplomacia medieval en la que los criterios de nacionalidad u origen tenían menos importancia que hoy en día. Además, esta diversidad implica un mejor conocimiento del idioma, la geografía y la gente del país al que se envía la embajada, caso que parece corresponder al aquí reseñado, Roger Machado. Véase OCHOA BRUN, M. A.: *ob. cit.* tomo IV, p. 336.

No es menos significativo que la primera misión diplomática que conocemos de él aluda a su viaje por Castilla y Portugal, y al hecho de que, sin duda, conoce algo de la lengua de ambos reinos¹³.

Sabemos que hasta su muerte, en 1510, acompañó a varias embajadas inglesas por Francia e Italia, y que, al menos desde 1478, formaba parte del círculo más próximo a los monarcas británicos. El manuscrito en el que se encuentra el relato que analizamos se inicia con la descripción, en abril de 1483, del funeral de Eduardo IV en Windsor, y al que Machado parece que asistió con el nombre de heraldo de Leicester. Ese mismo año alternaba su residencia en Southampton y Calais, ya que en ambas localidades poseía intereses económicos. Fue entonces cuando entró al servicio de Ricardo III, realizando varios viajes a los Países Bajos al servicio de algunos miembros de la nobleza británica.

A partir de 1485, y sin que podamos determinar la causa, Machado rompió sus relaciones con el entorno de Ricardo III para acercarse al servicio de Enrique Tudor. Antes de la batalla de Bosworth el futuro rey le nombra su heraldo Richmond¹⁴, y tras su victoria el nuevo monarca lo elevará al rango de rey de armas. Al finalizar ese año acumulaba éste último cargo, bajo el nombre de Norroy, y el de heraldo Richmond¹⁵. Como ya indicamos, hasta su muerte Roger Machado desempeñó varias misiones diplomáticas, siendo especialmente conocida la que le

¹³ No era la primera vez un hispano aceptaba formar parte de misiones diplomáticas inglesas ante los reyes de Castilla. Basta recordar el caso de Juan de Arnezqueta, de origen guipuzcoano, que fue embajador de Enrique VI (véase OCHOA BRUN, M. A.: *Historia de la Diplomacia...*, ob. cit., tomo III, p. 337).

¹⁴ La existencia de heraldos y reyes de armas en Inglaterra es tan antigua como en el resto de Europa. Ya en el siglo XIV se documentan los de Norroy, Clarenceaux, Leicester, Carlisle, Windsor, Nazers, Chandos, Heredford y Northampton. El colegio inglés de heraldos fue reformado por Ricardo III entre 1483-84 con la creación de la Corporation of Kings Heralds and Pursuivants, compuesta por tres reyes de armas, seis heraldos y cuatro persevantes bajo el mandato del Earl Marshal, cargo hereditario perteneciente a la línea de los duques de Norfolk. Los tres reyes de armas son, pues: el principal de Inglaterra, de la Jarretera, instituido para atender las solemnidades de la elección, investidura e instalación de los Caballeros de la Orden de la Jarretera; el heraldo Norroy, instituido en las primeras décadas del siglo XIV, con jurisdicción sobre los territorios situados al norte del río Trent, y por último el de Suroy o Clarenceux, llamado así a partir de Clarence, hermano de Eduardo IV. Existió otro rey de armas, el de Bath, que no pertenecía al Colegio de Heraldos, e igualmente un rey de armas de Irlanda, llamado de Norroy y Ulster, instituido por Eduardo VI en 1552-53. En cuanto a los heraldos mismos, eran seis: Somerset, Richmond, Lancaster, Windsor, Cherter y York. El título de Richmond aparece después de 1421 como heraldo de Juan, duque de Bedford, de Jorge, duque de Clarence y de Enrique, conde de Richmond. Este último, al suceder al trono como Enrique VII en 1485 nombra a Roger Machado, entonces su heraldo Richmond, rey de armas. Así, lo encontramos entre 1485 y 1493 como rey de armas Norroy, para pasar, desde 1493 y hasta su muerte en 1510, a figurar como rey de armas Clarenceux. Una descripción más detallada sobre los heraldos y reyes de armas en la Europa medieval puede verse en el libro de CEBALLOS-ESCALERA Y GILA, A.: *Heraldos y Reyes de Armas en la corte de España*. Madrid, 1993.

¹⁵ Más adelante veremos que la condición de rey de armas y heraldo, es decir de individuo que podía acompañar a los embajadores para organizar la expedición y anunciar con pompa y solemnidad la presencia de los diplomáticos, es la que llevó a Machado a esta misión en Castilla y Portugal. Entre las características que Ochoa Brun da a la actividad de los heraldos está la de poseer inmunidad diplomática, la pérdida de su propio nombre sustituyéndolo por el de una ciudad o región del soberano al que servían (Agincort, Richmond, Berry, Sicilia, etc.), y el largo periodo que transcurría entre el acceso al cargo y la llegada a la cúspide, que en su caso se encontraba en el nombramiento como rey de armas. Véase OCHOA BRUN, M. A.: ob. cit., tomo IV, pp. 318-322.

llevó en 1490, y en dos ocasiones, a Bretaña para intervenir en las discusiones que se producían en torno a la sucesión en el mencionado ducado.

Sobre el resto de los componentes de la delegación inglesa tampoco podemos aportar precisiones biográficas. Uno de los pocos cronistas castellanos que describe el encuentro de la delegación inglesa con los Reyes Católicos, señala que el soberano británico envió a un noble, seguramente Richard Nanfan, y a un eclesiástico, quizás Thomas Savage, al que el tratado de Medina del Campo (1489) califica como doctor en ambos derechos (civil y canónico) y canciller del condado de Marca¹⁶. Sabemos que este último formó parte de la embajada que en marzo de 1488 fue designada por el monarca británico para iniciar las negociaciones con Castilla¹⁷, y que desembocaron en lo que conocemos como Preliminares de Londres, acuerdo que ratificaba tratados de alianza y comercio anteriores, y por el que se fijaba la dote de Catalina y se establecían los derechos de la infanta castellana. Es probable, aunque no se puede asegurar, que a esta delegación que aquí analizamos le acompañara un pintor al que la documentación llama «maestre Antonio, inglés», y que desde mayo de 1489, tan sólo dos meses después de la recepción a los embajadores, se encontraba en la Corte castellana realizando varios retratos de los soberanos¹⁸. Por lo demás, la embajada también estaba compuesta por Jonh Nanfan, hijo bastardo de Richard Nanfan y un séquito, hasta ocho personas según se indica en el propio texto, en el que sin duda irían algunos sirvientes y quizás, ya que suele ser habitual en este tipo de desplazamientos, algún soldado de escolta.

A la delegación inglesa le acompañó desde su partida en el puerto de Southampton una representación de la diplomacia castellana, compuesta por el conocido, y controvertido, Rodrigo González de Puebla y por Juan de Sepúlveda. El primero es considerado por los investigadores como uno de los personajes «mas contradictorios, lleno de sombras, malicioso e intratable, artero y manipulador, enredador y enreversado» de cuantos participó en la política exterior de los Reyes Católicos. Probablemente descendiente de judíos conversos, de extracción humilde, Puebla rompe los moldes de lo que era la figura del representante diplomático a finales de la Edad Media. No se trata de un miembro de la nobleza al servicio de la corona, sino de un jurista que a lo largo de distintas etapas en la administración sabe ganarse la confianza de los reyes, hasta el punto de servir durante casi veinte años ininterrumpidos como embajador ante los monarcas británicos. Por su parte, Sepúlveda fue el embajador especial que en 1488 se encargó de llevar a Londres los poderes para iniciar las negociaciones destinadas al enlace de Arturo y Catalina.

¹⁶ La edición del tratado de Medina del Campo que hemos manejado procede de la publicación que en su día hizo LÓPEZ DE TORO, J.: *Tratados Internacionales de los Reyes Católicos, con algunos textos complementarios*, en *CO.DO.IN.*, vol. VII, Madrid, 1952, pp. 251-275. En ese mismo documento se indica que Richard Nanfan (o Nansan) era «sumiller de corps» (p. 257) y «caballero ayo del príncipe primogénito del rey de Inglaterra» (p. 274).

¹⁷ El 10 de marzo de 1488 Enrique VII designaba a John Weston, John Gunthorpe, Christopher Urswik, Henry Ainsworth y el mencionado Thomas Savage, para que concluyesen un tratado con los Reyes Católicos. Véase *Calendars*..., p.

¹⁸ Véase TORRE, Antonio de la: «Maestre Antonio, yngles, pintor», en *Fernando el Católico y la cultura de su tiempo*. V Congreso de Historia de la Corona de Aragón, vol. V, Zaragoza, 1961, pp. 165-172.

2. El itinerario

Pocos días después de concedida la credencial para que los embajadores iniciaran su misión comienza el viaje con destino a Castilla y Portugal¹⁹. La rapidez con la que se efectuaron los preparativos deja claro que el viaje se venía gestando desde hacía algún tiempo. Esa misma celeridad quizás también ayude a entender la presencia de Roger Machado, ya que es evidente que, además de la preparación de todos los aspectos políticos relacionados con la misión, era necesario contar con los medios y las personas que facilitarían la tarea. En este punto no olvidemos que, además de la anterior estancia de Thomas Savage en Castilla, la presencia en la expedición de Roger Machado proporcionaba a la embajada el probable conocimiento de la lengua y la geografía de la Península Ibérica. Estar versado en estas «materias» ayudaría a introducirse en la sociedad castellana y a solventar los problemas de un viaje que, como luego veremos, no siempre fue fácil.

El puerto de Southampton, elegido para la salida, es, junto con Londres, uno de los puntos donde se concentraban los barcos en el viaje de retorno a Castilla desde los puertos británicos²⁰. Allí se embarcan en dos naves españolas al mediodía del 19 de enero de 1489. Ya desde el comienzo se encontraron con las primeras dificultades puesto que un cambio en la dirección del viento les obligó a retornar a Plymouth, permanecer allí hasta finales de enero, para retomar su viaje el primer día de febrero. La época elegida para el mismo, pleno invierno, y las tempestades propias de una zona marítima, siempre difícil para la navegación, hicieron que nuevamente tuvieran que refugiarse, esta vez en el puerto de Falmouth, en el suroeste de Inglaterra.

Tras permanecer retenidos durante diez días, zarparon del puerto de Falmouth en la noche del día 12 de febrero, y en una rápida travesía, pese a las tormentas con las que se encontraron, llegaron el 14 a la costa vizcaína²¹. Y aunque en Bilbao desembarcó González de Puebla²², no parece que el destino de los emisarios ingleses fuera ese puerto sino alguno de la costa gallega, quizás para, en una rápida peregrinación, dar gracias al Apóstol Santiago por salir ilesos del atormentado viaje, u otro que también se encuentra en la costa cantábrica: el de Laredo. Para entonces, los embajadores quizás supieran que los Reyes Católicos se

¹⁹ Las credenciales fueron concedidas el 11 de diciembre de 1488. Véase *Calendars...* ob. cit., p. 17.

²⁰ A pesar de que Londres poseía la comunidad castellana más amplia de cuantas se encontraban en Inglaterra, sabemos que a finales del siglo XV Southampton era el puerto que importaba una mayor cantidad de productos procedentes del mundo Mediterráneo (Génova, Venecia, Valencia, Andalucía, etc.). Desde allí se distribuían a la capital inglesa y a otros puertos del Canal (Sandwich, Dover, Plymouth, e incluso Bristol). Sobre estas cuestiones véase lo que dice FERREIRA PRIEGUE, Elisa: *Galicia en el comercio marítimo medieval*. La Coruña, 1988 (especialmente pp. 574-633).

²¹ Es interesante resaltar la rapidez del viaje no tanto por las condiciones técnicas que lo hicieron posible como por el hecho de comprobar que en esta travesía no se utilizó ninguna escala situada en la costa occidental de Francia. Es seguro que los embajadores utilizaron navíos propiedad de mercaderes o armadores españoles que generalmente simultaneaban el transporte de personas con el de mercancías, y que por tanto empleaban puntos claves de la costa atlántica (Bayona, Burdeos, Rouen, etc.) para enlazar el litoral español con el británico.

²² El diario señala que el embajador castellano desembarcó en este puerto vizcaíno, pero no indica claramente su fue en el momento de la llegada de los barcos o después de que realizaran el resto de la travesía por la costa cantábrica.

encontraban en Valladolid, y era conocido que desde Laredo eran relativamente fáciles las comunicaciones con la localidad castellana. Durante el día 14 y 15 de febrero navegaron por la costa del norte peninsular, siguiendo un trayecto que de nuevo estuvo a punto de provocarles el naufragio debido a las fuertes tormentas. Finalmente desembarcan en Laredo el día 16 de febrero.

Al llegar a Laredo, los embajadores se alojan en la casa del mercader Fernando García del Hoyo y su hijo Fernando del Hoyo, ambos vinculados a los intercambios mercantiles con Inglaterra. Es probable que este último sea el mismo Fernando (o Hernando) del Hoyo que llegó a ostentar el cargo de espolique del rey Fernando, que participó en las campañas de la toma de Granada y en la posterior conquista de Tenerife²³.

Desde la localidad santanderina los embajadores ingleses iniciaron una de las rutas terrestres más importantes, frecuentadas y conocidas de la Castilla del finales de la Edad Media²⁴. Nos referimos al camino que unía Laredo con Burgos, siguiendo un trazado que se potenció por parte de los mercaderes burgaleses no sólo por su menor distancia al mar sino también porque la exportación de lana a través del puerto de Laredo iba en detrimento de los intereses de los mercaderes bilbainos, por entonces unos de los más duros competidores de los comerciantes burgaleses. Esa ruta, además de ser descrita por algunos de los repertorios de caminos conocidos desde principios del siglo XVI (el de Juan de Villuga o el de Alfonso Meneses), se benefició de reiteradas obras que intentaban mejorar su estado de conservación y tránsito²⁵.

El pasaje en el que Machado relata el recibimiento en Burgos es, de nuevo, un buen ejemplo de la vinculación existente entre los lazos comerciales y la vida política y diplomática a finales de la Edad Media. Los embajadores decidieron acudir a Diego de Castro y su familia porque ellos venían participando activamente en los intercambios con Inglaterra desde hacía varias décadas. Aquella familiaridad se traduciría en la «estrecha amistad» (sic) que unía al doctor

²³ No conocemos con precisión la fecha de nacimiento de Fernando del Hoyo, si bien los historiadores la sitúan en torno a 1465 basándose en sus propias declaraciones en el pleito que siguió contra el Adelantado de Canarias por la propiedad de una hacienda en la isla de Tenerife. Lo que sí es conocido es que el capitán de la conquista de Tenerife era natural de Cantabria, y que a su apellido añadieron sus descendientes el de Solórzano como recuerdo del solar cántabro origen de su linaje. Sobre sus orígenes pueden verse los trabajos de GUIMERA LÓPEZ, C.: *Fernando del Hoyo vs. Alonso Fernández de Lugo. La data de la discordia*, 1.a Laguna, 1993; *Nobiliario de Canarias*. La Laguna, 1952-67, tomo III, pp. 867 y ss.

²⁴ La red de comunicaciones de la Castilla bajomedieval es bien conocida. A la edición de los clásicos repertorios de caminos de Villuga, Meneses, o F. Colón y sus correspondientes estudios introductorios hay que sumarle los trabajos de G. Menéndez Pidal, J. P. Molénat o F. Brumont dedicados a un minucioso análisis de rutas, puentes, sistemas de transporte, etc. de la España medieval y moderna. Referencias a todos ellos pueden verse en el amplio artículo de MORENO PEÑA, José Luis: «Las comunicaciones en la época del Consulado», en *Actas del V Centenario del Consulado de Burgos*, vol. II, Burgos, 1994, pp. 107-178.

²⁵ Una descripción de la ruta Laredo-Burgos, y en general de las comunicaciones que confluían por todo el noroeste de la Corona de Castilla, puede verse en los trabajos de PÉREZ BUSTAMANTE, Rogelio: «El marco jurídico para la construcción y reparación de caminos. Castilla, siglo XIV y XV», en *Les communications dans la péninsule ibérique au Moyen Âge*, Paris, 1981, pp. 163-178; y en el de CASADO ALONSO, Hilario: *Señores, mercaderes y campesinos. La comarca de Burgos a fines de la Edad Media*, Valladolid, 1987 (especialmente pp. 251 y siguientes).

Savage y a Richard Nanfan con Diego de Castro, por lo que decidieron hospedarse en la casa de un miembro de esta familia, Fernán Castro, tío del mencionado Diego²⁶.

Conocemos bien a los Castro gracias a que sus empresas mercantiles han dejado una abundante huella tanto en Castilla como en Inglaterra. Childs²⁷ no se sorprende de que los embajadores recurriesen a Diego de Castro ya que en la década de los ochenta importaba grandes cantidades de pastel y otras mercancías, negociando tanto en Londres, como en Bristol, Sandwich o Sauthampton, en nombre de su familia o asociado con otros grandes mercaderes, los Maluenda. Cuando Diego de Castro salió a recibir a los embajadores fue acompañado de un importante número de grandes comerciantes. Entre ellos Alonso de Salamanca, también vinculado al comercio internacional, si bien era su hermano Pedro el que tenía, al menos desde 1483, mayores intereses en Inglaterra. En Londres, Pedro de Salamanca actuó en varias ocasiones como representante de los españoles, siguiendo pleitos y reclamaciones por deudas o violencia contra los comerciantes hispanos, e importando grandes cantidades de hierro, pastel y otros géneros desde 1487 en adelante.

Machado vuelve a dejar constancia de los acontecimientos que rodearon su paso por las ciudades castellanas cuando llegan a Valladolid. El relato se hace eco de unos acontecimientos sucedidos en la villa del Pisuerga poco antes de la llegada de los embajadores. Nos referimos a las pesquisas llevadas a cabo por el tribunal del Santo Oficio a partir de 1488, y que tuvieron como consecuencia la condena de varios mercaderes, artesanos y miembros del patriciado local, entre los que debía de encontrarse el mencionado Ruy González de Portillo, en cuya casa se alojó la delegación inglesa²⁸.

Tras una breve estancia en Valladolid, los embajadores abandonan la ciudad con destino a Medina del Campo. A la salida de aquélla, se cruzan con la delegación enviada por Maximiliano I, soberano de los territorios de la Casa de Borgoña, que había venido hacia poco más de un mes para agradecer a Fernando e Isabel su apoyo tras el secuestro al que fue sometido por sus súbditos sublevados en Brujas, y para iniciar los tratos de un futuro enlace matrimonial entre ambas familias²⁹.

²⁶ Puede seguirse una amplia biografía de los Castro en el trabajo de CAUNEDO DEL POTRO, B.: *Mercaderes castellanos en el Golfo de Vizcaya (1475-1492)*, Madrid, 1983. Esta familia comerciaba con Inglaterra desde, al menos, 1457, siendo la década de los 80 la época en la que intensificaron aquellas relaciones mediante las licencias concedidas por Enrique VII para fletar navíos desde Burdeos o Castilla con destino a Inglaterra.

²⁷ CHILDS, W.: *El Consulado del Mar...*, ob. cit., p. 363.

²⁸ Adeline Rucquoi ofrece una lista de las personas que la Inquisición mandó a la hoguera, muertos o vivos, en junio de 1489, es decir pocos meses después del paso de la embajada por Valladolid. En esa nómina no aparece el comerciante González de Portillo al que se alude en el relato de Machado. Véase RUCQOI, A.: *Valladolid en la Edad Media*. Tomo I, Valladolid, 1987, pp. 210-213 y 512-513.

²⁹ La embajada estaba encabezada por Balduino, (llamado Bastardo de Borgoña), hijo natural de Felipe el Bueno, y Juan de Salazar. Habían llegado a La Coruña unos meses antes, y tras pasar por Burgos, fueron recibidos, en el mes de enero, con gran fasto en Valladolid. Véase PULGAR, Fernando del: *Crónica de los Reyes Católicos* (Ed. De Juan de Mata Carriazo), Madrid, 1943, vol. II, cap. CCXXXI, pp. 357 y ss.; también BRUN, Ochoa: *Historia de la Diplomacia...* ob. cit., vol. IV, p. 189.

Desde Medina del Campo los embajadores dirigieron su comitiva hacia Extremadura, pasando, entre otras localidades, por Rágama, Puente del Cangosto, Béjar, o Aldeanueva hasta llegar a Plasencia. A su llegada a esta última, Machado se hace eco de las circunstancias por las que atravesaba la localidad extremeña y que desembocaron en la incorporación de la ciudad a los dominios directos de la corona³⁰. Los orígenes de pleito que enfrentaba a los Stúñiga con otros miembros de la nobleza castellana y las repercusiones de la guerra de sucesión en Extremadura, condujeron a algunos miembros de la aristocracia a resolver sus conflictos y diferencias, al igual que en otros lugares, mediante el recurso a la violencia. A su llegada a la ciudad los embajadores tuvieron que conocer los pleitos que habían surgido en el seno del linaje de los Stúñiga por la transmisión del mayorazgo creado por la familia, así como la división que se produjo en la ciudad entre los que apoyaban a Juana y Alfonso V, y el partidario de Isabel y Fernando. Como reflejan las crónicas³¹, la guerra de sucesión y el control de la ciudad por parte de los partidarios de los nuevos monarcas, hicieron que Fernando aprovechara las circunstancias para ocupar Plasencia y devolverla a los dominios de la corona.

El día seis de abril el heraldo Richmond inició los preparativos para su entrada en Portugal, y culminar con estas últimas etapas el otro objetivo de esta embajada: afianzar las relaciones con el reino lusitano y proceder a la entrega de la Orden de la Jarretera al soberano portugués.

Como decimos, el origen inmediato de la presencia de la embajada en Portugal hay que buscarlo en el interés que el monarca luso tenía en renovar los tradicionales lazos de amistad que unían a ambos países desde finales del siglo XIV, en acabar con los viajes que, al menos desde 1480, efectuaban los marinos ingleses, especialmente los de Bristol, hacia aguas del Atlántico Medio, por entonces repartidas entre castellanos y portugueses tras el Tratado de Alcaçobas-Toledo; a ello habría que añadir un hecho puntual, como fue resolver la solicitud hecha al monarca inglés para que prohibiera todas las actividades de algunos miembros de la nobleza (como el conde Penamacor, Lope de Albuquerque) opositora a Juan II, que desde Inglaterra también intentaban organizar armadas y expediciones con destino a las costas africanas.

Aunque no con la intensidad que lo hicieron italianos o flamencos, es bien conocido como los ingleses frecuentaron las plazas mercantiles portuguesas, tanto en el continente como en las islas del Atlántico bajo soberanía lusitana³². El mejor testimonio de su importancia en

³⁰ Plasencia, villa fundada por Alfonso VIII en 1186, perteneció a la corona hasta 1442, año en que Juan II entregó la ciudad a Pedro de Stúñiga, previo acuerdo por la que éste se desprendía de Trujillo. Antes de obtener el señorío sobre la ciudad consiguió varias aldeas y núcleos de población en el alfoz de Plasencia. En todos ellos cobraba alcabala, pedido y tercias, además de otras rentas menores. Desde entonces y hasta 1488 estuvo en poder del linaje de los Stúñiga. Un panorama general sobre la fuerte implantación del dominio señorial en la región y la evolución política de la misma a lo largo de los últimos siglos medievales puede verse en el trabajo de PINO GARCÍA, J. L.: *Extremadura en las luchas políticas del siglo XV*, Badajoz, 1991. Para cuestiones más específicas de la ciudad, véanse los trabajos de LADERO QUESADA, M. A.: «Rentas condales en Plasencia (1454-1488)», en *Homenaje a J. M.ª Lacarra. Estudios Medievales*, Zaragoza, 1977, pp. 295-322; y SANTOS CANALEJO, E. C.: *El siglo XV en Plasencia y su tierra*, Cáceres, 1984.

³¹ Véase PELGAR, Fernando del: *Crónica de los Reyes Católicos...*, ob. cit., cap. CCXXXI, pp. 361 y ss.

³² Además del trabajo de Consuelo Varela citado en notas anteriores, puede verse un estudio de la presencia inglesa en el Portugal del siglo XV en el libro de SERRAO, J. y OLIVEIRA MARQUES, A. H. (dir.): *Portugal*

Lisboa se encuentra en el hecho de disponer de una Hermandad o Cofradía propia, bajo la advocación de San Jorge, en la iglesia de Santo Domingo. Siguiendo pasos semejantes a los dados por otras comunidades extranjeras afincadas en la ciudad, los ingleses también obtuvieron un procurador, sin duda con funciones parecidas a las que desarrollaban los cónsules de otras naciones europeas que residían en Lisboa, y consiguieron privilegios fiscales, en este caso durante el reinado de Alfonso V.

La corte portuguesa, al igual que la de otros reinos medievales, se caracterizó, entre otras cosas, por la itinerancia de sus miembros. No obstante, con Juan II se inició un proceso de sedentarización que llevó a la comitiva regia a residir largas temporadas en ciertas ciudades y villas. El itinerario de sus viajes, estudiado por Joaquim Veríssimo Serrão³³, permite observar que el monarca mantuvo una presencia regular en Lisboa, Setúbal, Évora y Beja. Así, por ejemplo, sabemos que entre el 29 de noviembre de 1488 y el 11 de junio del año siguiente residió en Beja, lo que obligó a los embajadores a dirigir sus pasos hacia aquella localidad.

Previamente, entre el nueve y el 22 de abril, habían sido recibidos por miembros de la nobleza local: en Elvas por Rui de Abreu y Guionel Pestana, en Villa Viciosa por la familia de Aires de Mirando, en Portel fueron huéspedes del caballero Fernand Alvares Madureira. Cerca de Beja, donde se encontraba la corte, la delegación fue recibida, entre otros, por el marqués de Vila Real, los condes de Marialva y de Abranches, el obispo de Lamego y el obispo de Ceuta. Y aunque Machado no se extiende en la descripción del ambiente que rodeó la recepción a la embajada inglesa, parece que durante su estancia en la corte portuguesa recibieron un trato semejante al recibido en Castilla. Una vez más, y como muestra del poder de la monarquía lusitana, fueron agasajados con grandes cenas y festejos, culminando las ceremonias de recepción el dos de mayo con la entrega de la Orden de la Jarretera al rey portugués.

3. La entrevista con los reyes

La recepción de la que fue objeto la embajada inglesa a su llegada a Medina del Campo refleja de forma elocuente la riqueza, brillantez y medios puestos a la representación del poder monárquico. La importancia que se quiere dar a la misión diplomática y el prestigio de los reyes queda patente desde el primer momento por el número de señores, laicos y eclesiásticos, que salen a recibir a la delegación. En una especie de pirámide, que sin duda refleja el puesto de cada uno dentro de la Corte, los primeros que salen al encuentro de la embajada (a un cuarto de legua de dicha población) son los que ostentaban las funciones cancillerescas, como el secretario Fernán Álvarez de Toledo, el contador Alonso de Quintanilla o el doctor Talavera. Más

do Renascimento à crise dinástica, correspondiente el vol V de la *Nova História de Portugal*, Lisboa, 1999. Algunos aspectos de la presencia de esta embajada en Portugal han sido estudiados por AUBIN, Jean: «D. Joao II et Henry VII», en *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua época*, vol. I, Porto, 1989, pp. 171-180. Aunque más limitado, también el artículo de DUARTE, Luis M.: «Aspectos menos conhecidos das relações entre Portugal e a Inglaterra na segunda metade do século XV», en *Congresso Internacional Bartolomeu Dias e a sua época*, vol. III, Porto, 1989, pp. 551-561.

³³ *Itinerários de el Rei D. Joao II (1481-1495)*, Lisboa, 1993.

cerca de la villa salen a su encuentro varios obispos, y por último los cortesanos pertenecientes a algunos de los grandes linajes de la nobleza castellana, como el conde de Haro y condestable de Castilla (título vinculado a la familia de los Velasco), el duque de Albuquerque (título vinculado a los La Cueva), el almirante de Castilla (vinculado a los Enríquez), el conde de Benavente (vinculado a los Pimentel), etcétera.

Aunque el texto no lo indica claramente, los encuentros entre los embajadores y los reyes tuvieron que desarrollarse en el Palacio Real de Medina del Campo³⁴. El edificio nos es bien conocido gracias a las descripciones que de él hicieron algunos viajeros, a las vistas que del mismo se dibujaron y a los documentos en los que se mencionan las continuas ampliaciones y reparaciones a las que fue sometido. Según Rafael Domínguez, éste fue uno de los palacios más utilizados por los monarcas castellanos durante su reinado, residiendo habitualmente en él durante sus estancias en la villa³⁵.

Como señalamos en la introducción a este trabajo, el diario de Roger Machado constituye un valioso retrato de las ceremonias que se organizaban en la Corte de Isabel y Fernando con ocasión de acontecimientos tan importantes como las visitas de embajadas extranjeras³⁶. En este sentido, su visión, viene a sumarse a la que nos ofrecen los integrantes de otras embajadas que igualmente se entrevistaron con los monarcas castellanos por aquellos años. Tanto en aquellos casos como en el que ahora nos ocupa, sus relatos ofrecen interesantes descripciones acerca de la indumentaria que distinguía a los reyes de sus cortesanos, sobre las vajillas que lucían en los aparadores que decoraban las salas donde se producían los encuentros y, con suerte, dejan traslucir en sus páginas la importancia de la leyes de precedencia en la etiqueta que organizaba estos eventos³⁷.

El diario de nuestro personaje es especialmente rico en lo que atañe a esta última cuestión. No escapó a sus ojos la sutileza con la que se cuidaba en la corte castellana el lugar que cada uno debía ocupar en presencia de los Reyes. Tampoco pasaron desapercibidas las atenciones que éstos y su séquito dispensaron a sus huéspedes, proporcionándoles aposentos cómodos y lujosos «adornados con excelentes tapices que colgaban muy ilustres y amuebla-

³⁴ En Medina del Campo se encontraba otro edificio emblemático para los Reyes Católicos. Evidentemente nos referimos al castillo de La Mota, que por entonces se encontraba inmerso en una profunda remodelación y ampliación. Sobre el proceso de construcción y la descripción de las dependencias del Palacio Real y del Castillo de La Mota puede verse el trabajo de DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael: *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*, Madrid, 1993, pp. 255-260 y 269-273.

³⁵ El análisis que el profesor A. Rumeu hizo del itinerario de los Reyes Católicos demuestra que ambos se encontraban en el palacio entre el 7 de febrero y el 27 de marzo de 1489. Véase RUMEU DE ARMAS, ANTONIO: *Itinerario de los Reyes Católicos (1474-1516)*, Madrid, 1974.

³⁶ Acerca de estas y otras ceremonias es indispensable la lectura del magnífico trabajo de NIETO SORIA, José Manuel: *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid, 1993.

³⁷ Sobre estas cuestiones pueden verse GONZÁLEZ MARRERO, María del Cristo: *Los escenarios domésticos del ceremonial cortesano*. La Casa de Isabel la Católica, (Tesis Doctoral inédita). Universidad de La Laguna, 2002. Los autores agradecen a la profesora González Marrero la posibilidad de consultar su trabajo aún sin estar publicado. También GONZÁLEZ MARRERO, M.ª. del Cristo y BELLO LEÓN, J. Manuel: «La Corte castellana en los relatos de viajeros y embajadores. Siglos XV y XVI» (en prensa).

dos y decorados, sin falta de camas, sábanas y otros enseres que tales cosas requieren», y haciéndolos acompañar siempre por personajes muy relevantes de su Casa. Hasta tal punto le preocupan las leyes de precedencia que en su propio relato se reprocha a sí mismo en un momento dado no mencionar con el orden de prelación debido a los distintos miembros del cortejo real³⁸.

Mientras duró la estancia de la embajada inglesa en la Corte, sus miembros fueron agasajados con los festejos que solían prepararse habitualmente en tales ocasiones. Los trabajos que se han dedicado al análisis de estos espectáculos lúdicos insisten en que estas fiestas contribuían a aumentar el prestigio de los monarcas y de los caballeros que participaban en ellas³⁹. Además de las pertinentes entrevistas, en la que Roger Machado fue testigo de la suntuosidad de los vestidos que lucían los distintos miembros de la familia real castellana y los principales miembros de su cortejo, llegando a escribir que

en cuanto a las prendas y los atavíos de aquellas damas y doncellas no puedo escribiros sobre eso, porque no podría acabar en un año los disfraces y la riqueza de los cambios de atuendo que llevaban cada vez mientras duraron las fiestas», pues siguiendo al pie de la letra sus propias palabras «aunque tanto dijera siempre habría mucho más.

Entre la rica descripción que hace de aquellos vestidos, de las justas, torneos y corridas de toros celebrados en honor de los embajadores, merece resaltar la minuciosidad con la que se detiene en relatar las ocasiones en las que fueron invitados a ver danzar a las hijas de los Reyes Católicos⁴⁰. Cierta fama de buenos danzantes debían de tener los portugueses pues la referencia acerca de la dama lusa con la que solía danzar una de las princesas coincide con otros datos sobre una familia procedente del vecino reino a los que se refiere el tesorero Baeza en sus cuentas como «portugueses bailadores»⁴¹.

³⁸ Nos referimos al pasaje en el que, tras mencionar a los miembros de la Corte que acompañaban a los reyes, se lamenta de no haber nombrado en primer lugar al cardenal de Castilla, dado que éste era el que se encontraba sentado más cerca de los monarcas.

³⁹ Una buena síntesis acerca de las fiestas en la Castilla Medieval puede verse en el trabajo de ANDRÉS DÍAZ, Rosana: «Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastámara», en *En la España Medieval*, n.º 6, Universidad Complutense, 1986, pp. 81-107. Aspectos más generales en el trabajo de LADERO QUESADA, M. A.: «La fiesta en la Europa mediterránea medieval», en *Cuadernos del Cemyr*, n.º 2, La Laguna, 1994, pp. 11-52.

⁴⁰ Las veladas en las que acostumbraban a danzar juntos damas y caballeros debieron ser muy habituales en la Corte castellana, pese a los reproches que hizo en más de una ocasión Hernando de Talavera a la reina Isabel por tal motivo. Así, en una conocida carta de 1492, tras criticar los gastos y el boato de la Corte, el fraile confesor señalaba: «Mas lo que a mi ver ofendió a Dios multiphantam multisque modis, fue las danzas, especialmente de quien no debía danzar, las cuales pro maravilla se pueden hacer sin que en ellas intervengan pecados. Y más la licencia de mezclar caballeros franceses con las damas castellanas en la cena, y que cada uno llevase a la que quisiese de rienda...» (véase LADERO QUESADA, M. A.: *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, 1999, p. 147).

⁴¹ TORRE, A. DE LA Y TORRE, E. A. de la: *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica*. Tomo I, Madrid, 1955, p. 182. En 1488 se pagan 100.800 mrs. a Juan Alvarez, Mençia Vaes y sus hijos, bailadores de origen portugués.

⁴² En este sentido, los otros viajeros cuyos relatos conocemos, dedicaron más espacio en sus diarios a la descripción de este mueble de aparato, que incluso podía montarse en otros escenarios distintos a los que aco-

Menos interés le suscita la prodigalidad de los banquetes, si bien en algún momento menciona la variedad de manjares con los que se les convida y la riqueza de la vajilla. Resulta sorprendente, no obstante, la ausencia de alusiones a los aparadores que, sin duda, debieron presidir las salas donde se celebraron⁴².

No conocemos la remuneración que recibieron los embajadores por su trabajo en Castilla. Es evidente suponer que a su salida de Inglaterra recibieron una cantidad en función de la duración prevista para la misión diplomática, además de contar con la garantía de que el monarca receptor cubriría los gastos de estancia de los embajadores. Y como hemos visto, no sólo los reyes, sino que también importantes mercaderes atendieron las necesidades de transporte, alojamiento y manutención de los miembros de la delegación. Pero además de los posibles emolumentos, los embajadores suelen recibir importantes regalos que complementan las remuneraciones que recibían.

Junto con las ceremonias vinculadas a la recepción de la delegación, los regalos son la mejor muestra del reconocimiento y de la importancia dada a una misión diplomática. En el caso de la que aquí comentamos, conocemos lo que recibió tanto por la propia descripción de Machado como por las cuentas en las que se recogen el coste de lo entregado, por orden de los reyes, a los embajadores ingleses⁴³.

En este punto la descripción de Machado y las cuentas difieren en algunos de los regalos entregados. El heraldo menciona en primer lugar los animales, llamándole la atención los «caballos de guerra», seguramente animales árabes, que por entonces era uno de los mejores presentes que se les podía ofrecer. Sin embargo, estos caballos y su precio no se encuentran entre las cuentas de Gonzalo de Baeza, mencionándose únicamente las mulas, sillas y aparejos de montar que recibieron Machado y el hijo del embajador Richard Nanfan, el ya mencionado John Nanfan. El resto de regalos estaba compuesto por varias cantidades de paño, casi siempre terciopelo, que recibieron en función de la importancia de cada uno dentro de la embajada. Así, el embajador principal (que no menciona las cuentas) regalos por un valor de 93.000 mrs., el segundo embajador 91.000 mrs., John Nanfan 34.465 mrs., y para Machado 36.965 mrs. El resto, hasta los 284.290 mrs. que fue el valor total de los regalos entregados, se repartió entre varios ingleses (tampoco especifica sus nombres) que acompañaron a la embajada, y los presentes entregados al representante escocés que también les acompañaba.

gían la celebración de los banquetes reales. Comparemos la fugaz descripción del banquete que presenció Roger Machado con, por ejemplo, el relato de Antonio de Lalaing sobre el recibimiento que se hizo en Burgos al archiduque Felipe el Hermoso. Cuenta que «delante de la iglesia de Nuestra Señora, toda cubierta de tapices y de colgaduras de paño de oro, donde bajó, había un gran aparador cargado de vajilla». Más adelante añade que Felipe «se fue a alojar en el bien arreglado palacio del condestable, donde su cuarto estaba adornado y cubierto de paño de oro y de otras muy ricas tapicerías. A la entrada de la sala, el aparador estaba cargado en torno con tres mil marcos de vajillas de oro...». Véase GARCÍA DE MERCADAL, J.: *Viajes de extranjeros...*, *ob. cit.*, p. 447.

⁴³ Se conserva en el Archivo de Simancas, entre las cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de los reyes. El documento ha sido publicado en el libro de NIETO SORIA, J. M. (dir.): *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, 1999 (*vid.* p. 412).

Conclusiones

Como ya indicamos en las primeras páginas de este trabajo, la relación de Roger Machado es probablemente una de los relatos más detallados que poseemos para la época de los Reyes Católicos del protocolo palaciego adoptado para la recepción de una embajada. Además de transmitirnos las vicisitudes de su itinerario, resulta de interés extraordinario la narración de las ceremonias a las que asistieron los representantes de Enrique VII, y sobre todo la descripción de los personajes que ocupan un lugar, definido por su persona o su condición, junto a los monarcas.

Del análisis de su itinerario se saca la impresión de que fueron pocas las dificultades que encontró la embajada en su tránsito por tierras castellanas. Tan sólo a la salida de Burgos, a su paso por el pueblo de Revilla Vallejera, tuvieron dificultades para encontrar comida y alojamiento. En el resto de localidades, especialmente en las ciudades cuyos mercaderes mantenían vínculos comerciales con Inglaterra, fueron acogidos con solemnidad e importancia.

La descripción de la llegada a la Corte y de la primera y siguientes audiencias responden a los parámetros que se venían imponiendo en las cancillerías europeas en las últimas décadas del siglo XV. La distancia a la que se recibe la embajada, los miembros que salen a su encuentro, los discursos que se pronuncian, en latín y con un carácter marcadamente académico, los banquetes a los que son invitados y los festejos que se celebran en su honor, son la mejor muestra de las funciones protocolarias desarrolladas en la Corte. Los trajes de los caballeros, los lugares asignados a cada uno de ellos o la elección de los que participan en los torneos son el mejor símbolo de los valores jerárquicos de los cortesanos. Todas esas circunstancias no escaparon a la observación de Machado, y de ahí que dedique buena parte de su relato a las funciones y lugares que ocupaban los miembros de la Corte y los propios embajadores. En síntesis, el mejor resumen de lo que pudo significar el recibimiento dado a la delegación inglesa en la corte de los Reyes Católicos nos la proporciona el propio autor del relato cuando afirma lo siguiente: «*La gente habla de los honores que se les rinden a los embajadores en Inglaterra; ciertamente no tienen comparación con el agasajo que se les dispensó a los embajadores en el reino de Castilla, y especialmente en tiempos de este noble rey y reina*».

* * *

Nuestra Traducción.

Nuestra edición del texto del diario de Roger Machado ha querido ceñirse a una traducción en la que se guarde la mayor fidelidad posible a la lengua de salida (versión original francesa cotejada con la versión en inglés moderno) y a la de entrada (español). Sin embargo, para guardar una fidelidad al texto original, es posible que el lector observe que, en ocasiones, la traducción sea demasiado literal y un tanto rígida. Para tratar de suavizar en lo posible esta circunstancia hemos añadido, siempre entre paréntesis, aclaraciones que creíamos necesarias para hacer más comprensible el documento. Tanto los nombres propios como los topónimos los

presentamos ya actualizados, excepto el de aquellos casos que no hemos podido localizar el lugar mencionado en el itinerario o que desconocemos a qué personaje se refiere. Las lógicas restricciones impuestas a la edición de un artículo nos obliga a renunciar a una amplia anotación del texto, aún sabiendo que las notas podrían mejorar la comprensión del mismo, especialmente en lo que se refiere a los datos biográficos de muchos de los miembros de la corte castellana o portuguesa mencionados en el diario.

Anexo

TEXTO DE LOS DIARIOS DE ROGER MACHADO.

Embajada a España y Portugal.

Memorials of King Henry The Seventh. Edited by James Gairdner, London, 1858.

Memorándum que Enrique, rey de Inglaterra y de Francia, y señor de Irlanda, el séptimo de su nombre, envió a España y Portugal el cuarto año de su reinado, el año de gracia de 1488, el 21 de diciembre. Los embajadores fueron el señor Thomas Savage, doctor en leyes, como principal, y el señor Richard Naufan, caballero del cuerpo del rey, armado caballero ese mismo día bajo las manos (del rey) entre Westminster y Sion, el segundo de dicha embajada. Y Richmond, rey de armas de Norroy, designado por el rey para servir y acompañar la misión a través de todo el viaje que tenían que hacer ambos hacia España y Portugal.

Item, después de que los emisarios dejaran al rey su señor soberano, fueron a embarcarse a la villa de Southampton. Y en su compañía estaba una embajada del rey de Castilla. Éstos habían estado en el reino de Inglaterra con el rey Enrique por espacio de un año aproximadamente. Los nombres de dichos delegados eran, primero Rodrigo Rodríguez de la Puebla, doctor en leyes, y el señor Juan de Sepúlveda, caballero de la casa real de Castilla, quien tenía un despacho de la reina para el rey Enrique. Y el nombre de dicho capellán era don Martín de Torres. Estos embajadores, tanto los de Inglaterra, como los de Castilla, zarparon todos en la misma comitiva en dos barcos españoles desde Southampton el día 19 de enero, a la hora del mediodía y estaban ya todos en altamar por la noche. Y a la mañana siguiente a las cinco de la mañana en punto o alrededor de esa hora el viento cambió y tuvieron que volver al puerto de Plymouth en Inglaterra. Y estuvieron allí hasta el primer día de febrero. Y el dicho primer día de febrero partieron de Plymouth alrededor de la una en punto de la tarde; y ese día fue la víspera de Nuestra Señora de la Candelaria.

Después de que los emisarios hubieron zarpado, pasaron esa noche en el mar y tuvieron un viento favorable toda la noche hasta alrededor de tres horas después de la medianoche, y entonces el viento cesó y cambió hacia el oeste, y después hacia el sureste, y fue tan contrario que se vieron obligados a refugiarse en el puerto de Falmouth. Pero antes de que pudieran tomar dicho puerto, pasaron en el mar toda la víspera y el día de Nuestra Señora. Y por la mañana de Nuestra Señora atracaron en Falmouth, el tercer día de febrero. Y llegaron en medio de

una gran tempestad de viento, lluvia y mal tiempo. Y en esta dicha villa, dichos embajadores estuvieron retenidos durante diez días antes de tener oportunidad de zarpar.

Y como al principio de este libro he olvidado escribir los nombres de los anfitriones que hospedaron a los embajadores durante su viaje, se me ocurre escribirlos ahora. Y es verdad que estos buenos señores embarcaron primero desde la villa de Southampton, y fueron albergados (como sigue): el doctor de Castilla en la casa de John Gildon, entonces baile de dicha población; y el caballero de Castilla en el hostel de un ciudadano mercader llamado Vincent Tyt; y el capellán de la reina de Castilla fue albergado en la casa de o ciudadano llamado Laurence Nyenbolt. Y se alojó en la casa con este capellán y en compañía de un heraldo del rey de Escocia llamado Snowdon, enviado a Castilla por su soberano el rey de Escocia. Los embajadores del rey de Inglaterra, mi señor soberano, se albergaron así: el doctor Thomas Savage con un ciudadano llamado Thomas Wilson. Y el señor. Richard Nanfan, caballero del cuerpo del rey, se albergó con Richmond rey de armas de Norroy, que residía por entonces en dicha población. *Item*, después de que llegáramos a Plymouth dichos embajadores de Castilla se albergaron así: el doctor de Castilla con un gentilhombre llamado Nicholas Aynsle, caballero, y el capellán y el heraldo de Escocia, ambos juntos con un caballero y mercader llamado John Treghill. Y los embajadores del rey mi señor soberano, primero, el doctor Savage se albergó con uno de los parroquianos de la población llamado John Tickpenny. Y el señor Richard Nanfant con un caballero y regidor de la villa llamado Thomas Tresawel. Y El rey de armas Richmond se alojó con uno llamado (vacío en el original), y por entonces alcalde de dicha población.

Item, después de que dejáramos Plymouth llegamos a Falmouth en el ducado de Cornwall, en este reino de Inglaterra. Y allí los embajadores de Castilla se albergaron (así); el doctor con un mercader llamado John Luck, y el caballero, el capellán, y el heraldo de Escocia con un gentilhombre llamado Thomas Killygrew, y el doctor Savage con un hombre llamado Piers Luch, hermano del dicho John Luch. Y el señor Richard Nanfan, con un sacerdote llamado Sir John Oby, vicario de la población. Y Richrmond se albergó con un gentilhombre y escudero de la casa del rey llamado James Boynnam.

En esta villa de Falmouth permanecimos durante nueve días, como he escrito ya; y al décimo después de la cena los embajadores salieron a tomar su barco, pero cuando llegaron a la rada encontraron el viento contrario. Y durante esa noche fueron a albergarse cerca de la rada, donde estaban los barcos, en un pueblo llamado Saint Maurice. Y alrededor de la medianoche los marineros de su barco vinieron con su navío a buscar a los embajadores, y antes de que pudieran subir a bordo el barco ya estaba navegando a toda vela; y así los embajadores zarparon en compañía de varios otros caballeros.

Y toda esa noche y el día siguiente el viento fue favorable. Y por la tarde, a las diez más o menos se calmó. Y así pasaron la noche. Y a la mañana siguiente, que era 13 de febrero, el viento se volvió del sureste. Y entonces sopló un buen viento hasta las cinco de la tarde. Pero ciertamente a las cinco, o entre cinco y seis, estando llena la luna, el viento sopló del sur y del

sur-suroeste, y algunas veces del suroeste, pero hubo tan gran tormenta de viento y lluvia que era una maravilla. Y esta tempestad se mantuvo hasta el siguiente día, que era 14 de febrero, domingo, y duró hasta las cuatro de la mañana. Entonces el viento amainó, y el tiempo mejoró. El viento entonces soplabá del este-sureste, y este viento continuó hasta el martes. Nos vimos obligados a cambiar nuestro curso hacia Bilbao en Vizcaya, de acuerdo con su deseo, pues habían decidido tomar rumbo hacia Bilbao porque por entonces habían llegado nuevas de que los reyes de Castilla estaban en la ciudad de Valladolid. El rey de Castilla por entonces se llamaba Fernando y era hijo del rey de Aragón, y había recibido el reino de Castilla por la reina, que por entonces era heredera de Castilla. Y esta heredera se llamaba Isabel, hija del rey Juan de Castilla, y hermana del rey Enrique.

Dejo esto para volver a la travesía de los antes mencionados embajadores, ya que llegaron a mares españoles, como os he escrito antes, este domingo que era 14 de febrero, y por entonces eran entradas las calendas de marzo. Estos barcos de dichos embajadores navegaron veloces durante todo el día hasta la tarde rumbo a Galicia, y el viento era, como antes os he escrito, del este y el sur-sureste. Pero alrededor de la puesta de sol el viento empezó a soplar muy fuertemente y cambió hacia el noreste. Y toda la noche hubo una gran tempestad, tanta, que el día 15, alrededor de las tres en punto antes del amanecer, llegó tal golpe de viento que el barco dejó entrar, debido a la ráfaga, tanta agua que por uno de los lados estuvo casi completamente inundado durante un rato, y la vela mayor casi completamente hundida en el mar, y permaneció así durante gran tiempo, alrededor de un cuarto de hora. Todos los embajadores imploraron a Dios y a todos los santos del paraíso; y no sólo ellos, sino todos los que estaban a bordo del barco. Pero por la gracia de Dios, y por las oraciones y peregrinaciones prometidos a los buenos santos, fueron aliviados y salvados. Y durante todo ese día nos precipitamos para llegar a la costa de España. Y por la tarde poco antes de la puesta de sol, divisamos la costa y fue el territorio de Asturias en España; de lo cual estuvimos muy contentos. Y así la fuerza del viento nos hizo avanzar toda esa noche a lo largo de dicha costa. Ese día por fortuna era lunes y día de san Julián, al cual algunos rogaron mucho que si le placía nos procurara buen hospedaje, lo cual nos concedió.

Y al día siguiente, que era 16, a la hora de vísperas, tomamos tierra en una villa que está sobre la frontera de Vizcaya y que se llama Laredo, en el reino de Castilla. Allí desembarcaron los embajadores con gran algazara, y fueron conducidos a casa de un mercader de dicha villa, para albergarse allí. Pero cuando llegaron a la casa, el anfitrión de la misma dijo que no podía alojarlos pues la tenía llena de otros invitados. Este anfitrión se llamaba Juan González de Escalante. Entonces el rey de armas Richmond, los hizo permanecer allí, y salió a buscar otro alojamiento para los embajadores. Y gracias a la ayuda de alguna gente rica que encontró, fue llevado a la casa de un acaudalado mercader, donde por casualidad Richmond dio con los sirvientes del comerciante que antes había estado en Inglaterra como factor en la ciudad de Southampton, y allí Richmond lo había agasajado, de lo cual aquél informó a su patrón, por lo cual el señor se mostró muy contento y recibió a los embajadores en la casa con la mejor (hos-

pitalidad) que le fue posible ofrecer. Y los dos embajadores fueron albergados en esta mansión, y sus sirvientes en otras residencias y hostales de la villa. Este mercader que había alojado a los embajadores se llamaba Fernando García del Hoyo. Y Richmond se alojó en la casa del hijo del hombre, cuyo nombre era Fernando del Hoyo, él y sus señores. Y fueron muy bien tratados a cambio de su dinero.

En esta villa los embajadores tuvieron noticia de que el rey de Castilla había dejado una ciudad llamada Valladolid y se había ido a otra llamada Medina del Campo. Los embajadores se quedaron en Laredo toda esa noche, y durante siete días de febrero. Después de llegar a esta población, el alcalde, que es la principal autoridad de la población, y algunos otros ciudadanos fueron a presentar sus respetos y a ponerse ellos y la ciudad a su servicio. Después de que los embajadores llegaron hubo tan gran tormenta de nieve que se vieron forzados a detenerse durante siete días, como ya he escrito.

Y el 23 de febrero los embajadores dejaron Laredo y fueron a pasar esa noche a una villa llamada Lanestossa, que está a cinco leguas de Laredo, sobre la calzada de la ciudad de Burgos, es el último pueblo del condado de Vizcaya, y es cámara legislativa de Vizcaya. Y el conde de Haro que es condestable del reino de Castilla es quien la gobierna, así como todo el condado. Desde Lanestossa los embajadores salieron el 24 de febrero y fueron a almorzar a una población llamada Villasante, que está a cuatro leguas de Lanestossa. Hay un paso entre Lanestossa y Villasante, que se llama Sandenjesco, y que está sobre una montaña elevada, y que en el invierno está tan lleno de nieve que a menudo mucha gente muere y se pierde. Dejaron Villasante y fueron a dormir a otra población cercana llamada Medina de Pomar, que está a tres leguas de Villasante. Y partieron de Medina de Pomar el 25 de febrero y llegaron a una villa llamada Coirino que está a seis leguas de Medina de Pomar. Y desde Coirino salieron el 26 y fueron a tomar un tentempié a un pueblo llamado Hontomin. Pero debéis saber que entre esa villa de Medina de Pomar y el pueblo de Coinino, más o menos a medio camino pasa un gran río entre dos altas montañas, que se llama Ebro; y este río fluye hasta la ciudad del reino de Aragón llamada Zaragoza. Y desde Hontomin los embajadores enviaron a la ciudad de Burgos a preguntar por un comerciante de esa ciudad llamado Diego de Castro, que antes había frecuentado el reino de Inglaterra, y sobre esta relación le escribieron una carta (pidiéndole) que gustase disponer su alojamiento allí, lo cual él hizo muy solícitamente. Este pueblo de Hontomin está casi a cinco leguas de la ciudad de Burgos.

Cuando los embajadores estaban a casi un cuarto de legua de Burgos, avistaron por el camino al antes mencionado mercader Diego de Castro, y alrededor de otros diez o doce honrados mercaderes de dicha ciudad, que habían venido a ofrecer dos respetables albergues, es decir, la casa de un negociante honorable llamado Fernando de Castro, y de otro llamado Alonso de Salamanca. Y ellos deseaban que uno de los embajadores, a saber, el doctor Savage, se hospedara con Alonso de Salamanca, y que Mr. Richard Nanfan con Fernando de Castro. Pero los embajadores acordaron que por su gran intimidación con Diego de Castro, se quedarían con Fernando de Castro, que es tío del dicho Diego de Castro. Y Fernando de Castro recibió a los

embajadores muy ilustremente, y los alojó [no sólo] a sus personas sino a dos o tres de sus principales sirvientes junto a ellos. El dicho Fernando de Castro tampoco permitió que el rey de armas Richmond se alojara en otra morada que en la suya; además insistieron en correr con todos los gastos de dichos embajadores, los de sus vituallas y los dispendios de ocho personas de su séquito, y con el coste de caballos para ellos durante el tiempo que permanecieran y descansaran en dicha ciudad; y lo mismo para el rey de armas Richmond y sus caballos, [como] en su propia casa. Y el resto de la delegación se albergó en un hostel y allí estuvieron bien.

Estos embajadores arribaron a la ciudad de Burgos el 26 de febrero alrededor de las cinco en punto de la tarde. Y dos horas después de entrar, llegó el doctor De Puebla, embajador del rey de Castilla (como antes he escrito); y venía de Bilbao, pues había desembarcado allí desde el reino de Inglaterra. El doctor vino a presentar sus respetos a los embajadores. Y tan pronto como todos se hubieron dado a conocer, el doctor de Puebla mandó un mensajero a los reyes de Castilla, sus soberanos, para informales de que los embajadores de Inglaterra habían llegado a la ciudad de Burgos, y que se dignaran hacerle saber cómo debía conducirse para llevarlos ante sus majestades. Y los delegados permanecieron allí hasta que el doctor de Puebla recibió respuesta de los monarcas. Y como puede que haya quien me culpe de que hablo de reyes, y alguna gente puede asombrarse y decir «¡Cómo!, ¿es que hay dos reyes en Castilla?» No (les digo) sino que escribo «reyes» porque el rey es rey por cuenta de la reina, por derecho de matrimonio, y porque se llaman a sí mismos «reyes», y añaden a sus cartas «por el rey y la reina» pues ella es la heredera (del trono).

Para volver al tema de este viaje, los embajadores permanecieron en Burgos esperando la respuesta de los reyes. Y durante el tiempo que esperaron, verdaderamente aquellos mercaderes de la ciudad que antes habían frecuentado el reino de Inglaterra les dieron grandes fiestas y diversión. Y a su llegada a la ciudad, el prior y los cónsules, con todo el comité de negociantes, les enviaron un gran regalo, a saber, carne de gamo, capones, conejos, perdices, especias, confituras y vino, tanto blanco como tinto, en gran cantidad. Esos señores y oficiales de la ciudad, al saber que los embajadores se albergaban con aquel venerable ciudadano Fernan de Castro, enviaron decir a los hostales de la ciudad donde se quedaban los sirvientes de aquéllos, que los hosteleros no debían aceptar su dinero por el alojamiento.

Después de pasar en Burgos ocho días, esperando saber el parecer de los soberanos, llegó un caballero al que habían enviado los reyes, cuyo nombre era señor Rodrigo de Mercado, y que era alguacil general del reino de Murcia, en el reino de las fronteras de Granada. Este caballero saludó a los embajadores de parte de los reyes, sus soberanos, y les dijo que los monarcas le habían enviado para comunicarles que eran bienvenidos a su reino. Este caballero trajo cartas reales a los gobernadores de Burgos, mandándoles, tan pronto como las vieran, proveer tantos caballos y mulas como dichos embajadores requiriesen, lo cual hicieron de muy buena gana y enteramente a expensas del rey. También mandaban los reyes a los de la ciudad hacer todos los honores posibles a dichos embajadores, como si ellos mismos estuvieran presentes en persona. El día 6 de marzo los regidores de la ciudad de Burgos vinieron a presentar sus respetos a

los embajadores. Y además, éstos les hicieron una ofrenda de vino, conservas y frutas confitadas.

Y al séptimo día los embajadores dejaron la ciudad de Burgos y se encaminaron hacia los reyes. Y fueron respetuosamente acompañados por los principales mercaderes de la ciudad durante un cuarto de legua hasta el límite de la misma, y allí se despidieron de los embajadores. Y éstos siguieron su camino y fueron a tomar un refrigerio, es decir, a comer, en una villa llamada Villanueva. [Villanueva de las Carretas ?] que está a cinco leguas de Burgos, y desde ella fueron a pernoctar a otro pueblo llamado Revilla Vallejera, que está a tres leguas más allá de Villanueva. En este pueblo fueron muy mal alojados, pues los hombres allí eran malos. Y el primer saludo que recibieron de la posadera con la que se hospedaron, fue que ella les preguntó qué los había hecho tan valientes como para osar entrar en su casa sin su consentimiento. Y les gritó que se fueran de su casa por todos los diablos, villanos indecentes. Este fue el primer saludo de la hostalera del pueblo de Revilla Vallejera. Por esa noche los embajadores tuvieron paciencia con estas palabras porque estaban forzados a hacerlo, al no tener otra elección. Y por la mañana se levantaron muy temprano siendo el día ocho, y se fueron a comer a un pueblo llamado Torquemada; pasaron allí toda esa noche, tras haber cenado con un caballero que los reyes habían enviado (a recibirlos) que se llamaba Rodrigo de Mercado.

Y al día siguiente, nueve, dejaron el pueblo de Dueñas después de haber desayunado, y se fueron a tomar un tentempié al pueblo llamado Cabezón, que está a cuatro leguas después de Dueñas. Y después del refrigerio dejaron el lugar, se fueron a dormir a la ciudad de Valladolid, donde se les dio a entender que por el camino encontrarían antes de entrar a los ciudadanos, tal y como los reyes habían ordenado; sin embargo, dichos ciudadanos no lo hicieron así, sino que vinieron a saludarles y a presentar sus respetos a sus alojamientos. Y en la ciudad de Valladolid se les albergó en casa de un comerciante llamado Ruy González de Portillo, que había sido encarcelado y acusado de hereje. Los reyes habían confiscado todas sus propiedades, por lo cual los embajadores estuvieron deficientemente alojados y atendidos allí, pero después recibieron camas y todos los utensilios necesarios de otras viviendas de la población; lo que es más, los de la ciudad enviaron un presente a los embajadores, a saber, mazapanes, dulces y vino blanco, dos odres de cuero llenas.

Estos emisarios permanecieron en la ciudad de Valladolid durante tres días, y prosiguieron hacia Medina del Campo donde estaban los reyes, el día doce de marzo, y fueron a comer a cuatro leguas de Valladolid en un pueblo llamado Valdestillas, que está a cuatro leguas de Medina. Y allí se encontraron con el Petit Salasart, que sólo se acercó a presentarles sus respetos y a dejarlos, porque había venido en una embajada con el bastardo Balduino de Lyle, del reino de los romanos, a ver a los reyes de Castilla. Después de cenar, los embajadores continuaron hacia la población de Medina donde estaban los reyes. Y les salieron al paso tres comitivas distintas. La primera vez fue a un cuarto de legua de dicha población; se encontraron con el obispo de Málaga, el doctor de Talavera, el secretario Fernand Álvarez, Alonso de Quintanilla, y varios caballeros y escuderos. Y la segunda vez se encontraron al obispo de Palencia, el gran comen-

dador de León, el obispo de Segovia, Rodrigo Dolhoa, gran maestro de las cortes de Castilla. Y la tercera vez hallaron al duque de Albuquerque, el conde de Haro, condestable de Castilla, el duque de Palencia, el conde de Benavente, el almirante de Castilla, don Bernardo Vasquez, el hijo mayor del condestable, don Sancho Vasquez, hermano del condestable, el obispo de Ciudad Rodrigo, el conde de Ribadeo, y otros nobles y grandes personalidades, caballeros, escuderos y ricoshombres. Y así entraron en dicha población, y fueron escoltados a sus aposentos, que habían sido dispuestos para ellos [los cuales] estaban adornados con excelentes tapices que colgaban muy ilustres y amueblados y decorados, sin falta de camas, sábanas y otros enseres que tales cosas requieren.

Los embajadores pasaron en Medina dos días antes de poder parlamentar con los soberanos en audiencia. Y al tercer día, que era el catorce de marzo, los reyes enviaron por ellos para que presentaran sus credenciales. Y el obispo de Oviedo y el de Málaga fueron a buscarlos, escoltando a sir Richard Nanfan, el uno por la derecha y el otro por la izquierda; y al doctor Savage lo escoltaron el conde de Monterrey y el gran comendador de Calatrava, que fue con el doctor Savage, y detrás de ellos otros señores, caballeros y personalidades en gran número; y con el rey de armas Richmond fueron ese primer día en que se les condujo ante los reyes un caballero llamado Rodrigo de Mercado, y el señor Juan de Sepúlveda. Este Richmond cabalgaba delante de los embajadores luciendo un rico abrigo ricamente bordado con las armas de Inglaterra.

Era alrededor de las siete en punto de la tarde antes de que los embajadores fueran convocados, y la luz del día ya se iba yendo, pero se les fue a llamar con gran acompañamiento de antorchas. Cuando fueron conducidos al palacio donde se hallaban los soberanos, los encontraron en una gran estancia sentados bajo un rico dosel ceremonial de paño de oro. Y en medio de esta tela real destacaba un escudo dividido con las armas de Castilla y Aragón. Y el rey lucía una exuberante ropa de hilo de oro, tejida enteramente de oro y festoneada con una rica orla de preciosa marta cebellina; y la reina estaba sentada a su lado, cubierta con un rico traje de la misma ropa tejida de oro que llevaba el rey y confeccionada a la moda del país, tal y como las llevan actualmente las damas del reino. Y sobre dicho traje colgaba una mantilla de terciopelo negro, toda veteada de grandes agujeros, como para mostrar bajo el terciopelo el tejido de oro con que se había vestido. Y sobre dicha manta una tira (de guarnición), no desplegada sino en una especie de ribete [roto], compuesta de partes oblongas de la longitud aproximada de un meñique, y de mitad de un dedo de anchura, toda hecha de oro sólido; y cada sección oblonga decorada con joyas excelentes y valiosas, tan ricas que nadie las ha visto iguales. La reina llevaba alrededor de la cintura un ceñidero de piel blanca hecho al estilo del que suelen llevar los hombres: [del] cual la faltriquera estaba decorada con un gran balaje del tamaño de una pelota pequeña, entre cinco resplandecientes diamantes y otras gemas del tamaño de una judía. Y el resto del cinturón estaba decorado con gran número de otras piedras preciosas. Llevaba al cuello un ostentoso collar de oro engastado enteramente con rosas blancas y rojas, cada rosa aderezada con una gran piedra preciosa. Además de esto, llevaba dos cintas suspendidas sobre cada uno de sus

senos, engalanadas con grandes diamantes, balajes y otros rubíes, perlas y varias alhajas de gran valor en número de cien o más. Sobre el traje llevaba una capa pequeña de fino satén carmesi forrado con armiño, muy bello en apariencia y muy brillante. Estaba retirado hacia el lado izquierdo negligentemente. Llevaba la cabeza descubierta, excepto por una pequeña cofia en la parte trasera de la cabeza, y nada más. Verdaderamente como creo, y como oí decir entonces, estimo que aquel traje debía valer doscientos mil escudos de oro.

Estos reyes estaban acompañados por varios príncipes, entre otros por el conde de Haro, condestable de Castilla, el duque de Albuquerque, el duque de Placencia, el conde de Benavente, el cardenal de Castilla, al que debí haber mencionado el primero, pues estaba sentado más cerca de la reina en el mismo asiento, el gran comendador, el almirante de Castilla, el conde de Ribadeo, el conde de Ribadavia, el gran comendador de Calatrava y otros varios grandes condes, barones, obispos, caballeros, escuderos y personas nobles en grandes cantidades. La reina estaba acompañada por un séquito de treinta y siete grandes damas y doncellas de noble sangre, todas ricamente vestidas a la moda del país, con vestimentas de oro con otros [materiales] fabulosos que me sería largo relatar.

Vuelvo a los embajadores. Para resumir, el señor Richard Nanfan mostró la primera carta al rey, besándole la mano antes de presentársela. Y el doctor Savage, después de que el señor Nicholas Nanfan hubo besado las manos de ambos reyes, mostró otra carta a la reina; pero antes le dirigió un pequeño discurso de veinte o treinta palabras. Y después de este discurso a ambos se les permitió tomar asiento en presencia de los reyes. Y a Richmond el rey le dijo que se colocara detrás de ellos, de pie. Y allí el doctor dio un muy elocuente y meritorio discurso enteramente en latín, por el que fue muy alabado y encomiado por grandes señores y prelados que estaban allí, y recibió gran elogio por ella. Este discurso lo tendréis completo de forma escrita. Después de que la disertación hubo terminado, el rey convocó a consejo al cardenal, al condestable, al duque de Albuquerque, al conde de Benavente, y al obispo de Ciudad Rodrigo. Y al obispo de Ciudad Rodrigo se le ordenó que contestara a los embajadores sobre la [material] de la disertación que había hecho el doctor [de la misma manera] como había hecho. Pero el buen obispo era tan viejo y había perdido todos sus dientes, que dijo que sólo con gran dificultad se le podría oír. Después de esta respuesta los delegados se despidieron del rey y se retiraron, acompañados a sus alojamientos por los mismos nobles que habían venido en su busca. Era cerca de las dos en punto de la noche cuando llegaron de la corte real.

Y al día siguiente, quince de marzo, se les envió a buscar para que se presentaran de nuevo ante los reyes a hacer representación de la embajada para la que habían venido. Y vinieron a recogerlos los mismos nobles que por la tarde los habían conducido. Eran las seis en punto de la tarde. Y allí los delegados departieron por espacio de una hora con los soberanos, y con los embajadores a los que los dichos reyes previamente habían enviado a Inglaterra, a saber, el doctor de Puebla y el señor Juan de Sepúlveda. El rey estaba entonces vestido con una túnica de terciopelo carmesí forrada de marta, con un colgante de oro de valor considerable, todo hecho de (en blanco) de un diseño ajedrezado, y la reina vestía con un paño ricamente tejido de oro, y

sobre él, como antes, una capucha de terciopelo negro y sobre ella una cinta espolvoreada de oro batido y salpicada con rosas rojas y blancas de oro batido, cada rosa embellecida con espléndidas joyas. Llevaba alrededor del cuello un resplandeciente collar realzado con grandes rubíes y carbunclos, y de gran valor.

Después de que los embajadores terminaran lo que esta vez tenían que declarar a los reyes, expresaron su deseo, si ello placía a los soberanos, de recibir la gracia de poder ver al príncipe y a la hija mayor (llamada la infanta doña Isabel) y a todas las otras hijas, para presentarles sus respetos, como era su obligación por derecho hacer. Y los reyes contestaron que por su voluntad [tenían la gentileza de permitirles] ver al príncipe y a su hermana la Infanta esa vez, y que verían a las otras princesas en otra ocasión. Y a estas palabras el rey llamó al condestable de Castilla y le ordenó que fuera a buscar al príncipe y a su hermana la Infanta, lo que hizo. E inmediatamente fue a traerlos juntos a la habitación donde estaban los monarcas. El príncipe estaba vestido con una túnica de rico terciopelo carmesí estampado y cubierto de armiño, y sobre su cabeza un sombrero negro a la moda francesa con un pico púrpura muy estrecho todo él como la rama de un árbol. Y la Infanta estaba vestida con un sayo de tejido dorado y sobre él una túnica a la moda del país, con una larga cola de finísimo terciopelo verde. Llevaba un tocado hecho de hilo de oro y seda negra en forma de red, todo rociado con perlas y otras piedras preciosas. Y el rey estaba acompañado, como la tarde anterior, de varios prelados y otros grandes príncipes, condes, barones, caballeros, escuderos y otras personalidades; y la reina por una docena de damas y doncellas. Y la Infanta estaba acompañada de cuatro doncellas. Y los embajadores se dispusieron a presentar sus respetos a dicho príncipe y a su hermana la Infanta, y les besaron las manos. El doctor Savage dirigió un breve saludo al príncipe. Y después se despidieron y volvieron a sus alojamientos acompañados por el mismo séquito con el que habían llegado allí.

El día diecinueve de marzo los embajadores fueron solicitados por los mismos señores espirituales y temporales que estaban acostumbrados a acompañarlos; y se les comunicó que los soberanos deseaban que fueran con ellos a las completas de su capilla. Y así lo hicieron; al entrar en la capilla hallaron a los reyes sentados bajo un cortinaje que estaba fabricado de muy rico paño de oro, y con todo lo que requería su rango; y en la capilla colgaban ricos y bellos tapices y el altar estaba muy bien arreglado. Después de que se hubieron dicho las completas, el rey llevó a los embajadores con él, uno a mano derecha y el otro por la izquierda, y Richmond delante de él. Y la reina seguía tras él, guiada por el cardenal de Castilla. Y así entraron en una gran estancia en la que encontraron a las jóvenes damas de la reina bailando con los nobles y los caballeros de la casa. Y allí el rey y la reina se fueron a sentar para ver la danza e hicieron a dichos embajadores colocarse cerca de ellos, a mano derecha, y los príncipes y nobles de la corte a la izquierda. Y después de sentarse de esta manera, los reyes enviaron llamar a la princesa doña Isabel, su hija mayor, para que asistiera a la danza; y ella vino muy bella y ricamente ataviada y se sentó abajo, cerca del rey su padre a su mano derecha, y a poca distancia de él.

Ciertamente fue una fascinante visión la de la reina y a su hija vestidas (así), y de veintiseis damas y doncellas todas hijas de grandes nobles (y la más pequeña era una hija de Haro), la mayoría de ellas engalanadas de tela dorada, terciopelo y seda, muy bonitas. La reina estaba toda vestida de tela de oro, llevaba un tocado de hilo dorado y un distinguido collar adornado de grandes perlas y crecidos y finos diamantes en el centro. Los embajadores se entretuvieron allí hasta las diez en punto. Entonces los reyes ordenaron a la princesa su hija que saliera a bailar. Y ella inmediatamente se levantó y fue a buscar a una joven dama que era portuguesa; y por esta razón en la corte ésa no tenía otro nombre que «*la portuguesa*»: era una damisela a la que la princesa prefería. Esta tierna dama estaba maravillosamente vestida y danzó con ella. Después de bailar volvió a su lugar y los embajadores se despidieron de los reyes y fueron escoltados a su alojamiento como antes por los mismos nobles.

El veintidós de marzo un magnífico y espléndido torneo tuvo lugar en honor de los embajadores. Y los contendientes de las listas eran un caballero noble llamado don Pedro de Toledo y el segundo don Diego de Connha (Acuña ?), contra todos los que fuesen y viniesen. Y los aventureros eran don Enrique Enriquez, otro llamado Pedraires, don Diego de Velázquez, un tal Carvajal; este último obtuvo el premio esta vez, por haber corrido mejor y haber roto más lanzas. Juan de Velázquez también lo hizo bien. Don Martín de Connha (Acuña ?) lo hizo bien durante dos o tres carreras, y después dejó las listas y fue el primero que salió de ellas. Íñigo López de Mendoza y Juan de Velázquez lo hicieron muy bien y rompieron cuatro lanzas y después abandonaron. Don Diego Salvamonte lo hizo bien durante dos o tres carreras. Don Francisco, adelantado de Andalucía, Jannot de Visque y don Pedro de Castilla. El último apareció con muy rico atuendo y junto al que obtuvo el premio, fue el que mejor lidió, como un caballero de linaje. Todos estos nobles salieron muy lujosamente trajeados y la mayoría de ellos portaban abrigos de muy rica tela de oro; y ellos habrían justado durante más tiempo pero una hora después de entrar en liza, cayó tal espesa llovizna que fue necesario romper las listas y que el rey se retirara.

Muy solemnemente los reyes habían dado orden de que se condujera a los embajadores [a un lugar] cerca de ellos y en el mismo escalón. Y en ese lugar no había otras (personas) que los reyes, el príncipe y la Infanta doña Isabel, su hija mayor, y el cardenal de Castilla. Y los reyes habían ordenado que los delegados extranjeros fueran los primeros en el estrado para ver a los monarcas desfilar en majestad al llegar a la liza. Y en verdad llegaron muy rica y suntuosamente (vestidos), y fue escena muy vistosa. Delante del rey cabalgaban todos los nobles de su corte a caballo, la mayoría arreglados tan a la moda francesa como pudieron, y bien montados y después de ellos cuatro sargentos de armas. Y después de los sargentos de armas venían los heraldos, de los que había cuatro, El rey de armas Richmond por el rey de Inglaterra, que estaba escoltado a mano derecha por Castilla, rey de armas de Castilla. Y delante de ellos venía el rey de armas de Aragón, que condujo a Snowdon, heraldo del rey de Escocia. Y entre ellos y la espada del rey venía el príncipe de Castilla, ostentando una rica túnica de tela de oro y (lucía) sobre su cabeza una gorra de terciopelo negro al estilo antiguo. Y llevaba al cuello un rico *huchure* (?)

todo adornado con un gran balaje y otras piedras preciosas. Después del príncipe desfilaba la persona que portaba la espada, cuyo nombre era señor (en blanco), y que montaba una fina jaca. Y detrás de él marchaba el rey montando un soberbio caballo de guerra enteramente protegido por láminas doradas. El rey estaba vestido con una túnica de tela de oro forrada con armiño con un gran cuello vuelto hacia abajo a la moda alemana y un gran ribete forrado de lo mismo.

Detrás del rey venía la reina, a lomos de una fina mula, y todo el arnés de la misma adornado con perlas y otras piedras preciosas. Y ella estaba vestida con una túnica de una rica tela tejida de oro hecha a la moda del reino y sobre eso un mantón centelleante lleno de rombos de terciopelo negro y violáceo, y en cada rombo destacaba una gran perla. Y (junto a?) cada perla un rico balaje del tamaño de un hayuco, la cosa más rica que se podía ver, y como nunca nadie vio tal. Alrededor del cuello llevaba un gran collar todo salpicado de grandes diamantes, balajes, carbunclos, enormes perlas y un gran número de otras piedras preciosas. Sobre su tocado tenía dos balajes como medallones, del tamaño de un huevo de un pichón, y al final de dichos rubíes una gran perla; estas joyas debían de costar doce mil escudos. En resumen, tan espléndido era el traje que exhibía ese día que no hay hombre que pueda imaginar bien cuál podía ser su valor. Y la reina era guiada por el cardenal de Castilla. Detrás de la reina venía la infanta, la hija mayor, que estaba completamente vestida con rica tela de oro de gran valor y al cuello tenía un valioso collar realzado con grandes piedras preciosas. Y detrás de ella venían treinta y seis grandes damas y doncellas todas de alto nacimiento, y todas engalanadas con tejido, dorado, no con vestimentas similares, sino distintas unas de otras, tal preciosa escena era cosa maravillosa de ver, y la riqueza del atuendo de estas damas sería muy largo de relatar. Pero deseo volver a otras cosas. Después de que acabara el torneo, los reyes regresaron al palacio y llevaron a los embajadores con ellos y entraron en un gran recinto; y allí se sentaron bajo un majestuoso dosel real, de suave terciopelo morado y bordado con esmero con las armas de Castilla y Aragón, y cubierto con la divisa del rey, que es un (en blanco) y este lema escrito en su superficie es «Tantos monta» (sic).

Después de que se sentaran los reyes lo hizo el príncipe a mano derecha y la Infanta se sentó al lado de su madre, a mano izquierda, y al lado de ella se tomó asiento el cardenal. Y después hicieron que se acomodaran los embajadores un poco más abajo en un banco a mano derecha. Y por el otro lado de la reina se sentó el conde de Haro, el condestable de Castilla, y el conde de Benavente, y otros. Y después los juglares empezaron a tocar y las damas a bailar con los justadores, que estaban ricamente vestidos y disfrazados; y bailaron hasta las diez en punto. Después de que dieran las diez, el rey mandó al príncipe a bailar, lo cual hizo, y danzó muy correctamente con una joven dama que había elegido como su amada, cuyo nombre era (en blanco), y que era hija de (en blanco). Y después de que el príncipe acabara, la Infanta salió a bailar y cogió a la portuguesa y bailó con ella; y todas las jóvenes damas juntas, de dos en dos, bailaron en su fiesta en una danza lenta. Y después de que hubo terminado esta danza lenta el baile terminó por esa noche y todas las damas y jóvenes doncellas se retiraron de la sala. Pero

el rey y el príncipe y la Infanta doña Isabel siguieron sentados en sus puestos. Y se puso la mesa ante ellos. Trajeron agua para las manos del rey. Y cuanto el agua se trajo el príncipe se levantó de la mesa y fue a mantener la toalla para el rey su padre y la reina su madre. Y después volvió a sentarse a su lugar, cerca de su padre, a su derecha, un poco más abajo hacia el final de la mesa, y se le acercó el agua, y de forma similar a su hermana la Infanta. Y después de que ella se lavara (las manos) los embajadores, que se sentaban cerca de la Infanta en la esquina de la mesa, tuvieron que lavarse (las manos). Y se les sirvieron muchos y variados platos en gran cantidad. Y fue una bella escena ver el jarrón de plata que se colocó sobre la mesa y (que era) de gran valor. Y fue cosa impresionante ver la riqueza de la colación. Después de acabada la cena se ordenó a los embajadores que se retiraran y fueron escoltados a sus alojamientos como se ha escrito antes. Y era casi la una de la medianoche cuando se retiraron.

Item, el día veinticuatro de marzo los monarcas enviaron a buscar a los embajadores. Era la víspera de Nuestra Señora de marzo, y fueron a oír completas. Y después se dirigieron con los reyes a una galería de la que colgaban finos tapices. Allí encontraron a las jóvenes princesas, que eran doña María y nuestra princesa de Inglaterra, doña Catalina. El rey y la reina entraron y tomaron asiento; el príncipe se sentó en el suelo ante él, y la hija más vieja delante de él, después las otras hijas. Y debo decir que la reina estaba muy ricamente vestida. Y todas sus hijas llevaban prendas similares y las dos hijas, la infanta doña María y la infanta doña Catalina, princesa de Inglaterra, tenían catorce doncellas, todas damas nobles (que las servían) vestidas con tejido dorado y todas hijas de nobles. La mayor de ellas no tenía más de catorce años. Y después de que las tiernas damas bailaran de dos en dos durante un tiempo considerable los reyes ordenaron a su hija la infanta doña María que fuera a danzar, lo que hizo. Y fue y cogió a otra damisela de su edad y tamaño y la sacó a bailar. Y así esta dama bailó una danza lenta y otra alta. Y después de esto no bailaron más. Pero los embajadores se retiraron y fueron a sus aposentos y se les escoltó como anteriormente. En verdad creo que ninguna embajada fue nunca tratada con tanto miramiento como fueron éstos en todo. La gente habla de los honores que se les rinden a los embajadores en Inglaterra; ciertamente no tienen comparación con el agasajo que se les dispensó a los embajadores en el reino de Castilla, y especialmente en tiempos de este noble rey y reina.

Y el día veinticinco de este mismo mes de marzo los monarcas organizaron otra fiesta en honor de estos embajadores, a saber, una corrida de toros. Y después salieron alrededor de cien caballeros y otros nobles todos bien montados sobre hermosas jacas e hicieron escaramuzas y corrieron con perros a la manera en que solían luchar con los sarracenos, lo cual fue muy agradable de ver. Y los reyes y el príncipe y tres de sus hijos estaban sobre dicho estrado, y los embajadores a su lado. Y era bonito ver cómo la reina tenía en brazos a su hija más pequeña, que era la infanta doña Catalina, princesa de Gales; entonces tenía tres años. Después de toda esa diversión, el rey, y la reina se retiraron y llevaron a los embajadores con ellos y se encaminaron a una gran sala, y allí las damas y doncellas empezaron a danzar con los caballeros que habían participado en el juego de dichos perros y toros.

El rey estaba vestido esta vez con una túnica de tela negra con mangas abiertas, Y la manga izquierda de dicha túnica estaba ribeteada con balajes y grandes y costosas perlas. Y llevaba un espléndido colgante de (en blanco). Y la reina estaba vestida con una rica túnica de satén verde (diseñada con) con rombos bordados y trabajados a la aguja con primor. Y alrededor del cuello de dicha túnica, a manera de un collar, surgía un remate de la anchura de dos dedos todo elaborado de grandes piedras preciosas y enormes perlas. Y el borde de la túnica y las mangas colgaban hasta el suelo, y eran de un terciopelo morado. Y sobre él se habían cosido grandes letras de oro batido, de la longitud de un cuarto de yarda, y eran su lema; y cada letra estaba decorada con grandes perlas, la cosa más rica que jamás se vio. El príncipe estaba vestido con una pequeña túnica que le llegaba hasta los calzones, y debajo con prendas negras y zapatos de punta afilada a la moda antigua. Y dicha túnica estaba ribeteada con el mismo lema que la de la reina, y con letras similares de oro batido. Y llevaba una gorra de terciopelo negro dispuesta en rollo a la moda antigua. Y la Infanta doña Isabel estaba vestida con una túnica de paño verde de oro con un rico collar de oro; y no le faltaban fulgurantes piedras preciosas. La hija tercera, llamada doña María, que está casada o prometida con el duque Felipe de Austria, vestía una rica tela de oro de color gris. Y tampoco a ella le faltaban ricos azabaches y piedras preciosas. Y en cuanto a las prendas y los atavíos de aquellas damas y doncellas no puedo escribiros sobre eso, porque no podría acabar en un año los disfraces y la riqueza de los cambios de atuendo que llevaban cada vez mientras duraron estas fiestas. Y aunque tanto dijera siempre habría mucho más que [decir].

El día veintiseis de marzo se llamó a los embajadores para llegar a una conclusión sobre los negocios que habían venido a hacer. Pero como faltaba uno de los artículos de los escritos que se habían elaborado sobre estas materias que se trataban entre los dos reyes, esa noche los embajadores no pudieron ponerse de acuerdo con los delegados del rey. Y al día siguiente, veintisiete de marzo, fueron a ver a los reyes y concluyeron todos sus negociaciones. Y allí se juró a los monarcas sobre un libro que se guardarían firme y fielmente todas las conclusiones a que se había llegado entre ellos y mi soberano señor el rey Enrique de Inglaterra, el séptimo de su nombre. Y después de que los reyes hubieron hecho su juramento, los embajadores se despidieron de ellos y de mi señor el príncipe, y de todas las princesas sus hijas; después de hecho esto, los reyes expresaron su deseo de que los embajadores les acompañaran fuera de la villa, lo cual se hizo. Y el buen Dios sabe que partieron de la villa de Medina muy solemnemente. Y el rey y mi señor el príncipe su hijo, cabalgaban juntos. El rey llevaba al señor Nanfan a mano derecha y al doctor Savage por el otro lado, a la izquierda de mi señor el príncipe. Y así salieron juntos. Y la reina y las princesas con las demás damas y doncellas seguían en gran número. Estos embajadores condujeron a los reyes alrededor de dos tiros de arco de la población, y allí el rey les ordenó que regresaran. Y allí los emisarios se despidieron de nuevo y besaron las manos del rey, la reina, el príncipe y todas las princesas, las hijas del rey, y también se despidieron de mi señor el cardenal, y así partieron. Y los embajadores fueron escoltados de

vuelta dicha población por varios nobles, prelados, doctores, caballeros y escuderos en el número de cien a caballo.

El día 28 de marzo los tesoreros del rey vinieron a ver a los embajadores y les trajeron los obsequios que los reyes les habían ordenado darles; es decir, lo que dichos reyes habían dado a cada uno de ellos, a saber, un caballo de guerra, llamado en este reino de Castilla un caballo *bard* y una jaca mora, y dos mulas, cuatro (en blanco), cuatro yardas de paño de seda y sesenta marcos de plata para cada uno de ellos; y para Richmond veinticinco yardas de paño de seda y una mula, y a John Nanfan, hijo bastardo del señor Richard Nanfan, lo mismo que a Richmond. Y así dichos embajadores se despidieron de los diputados que habían sido designados para guiarlos, a saber, el doctor Talavera, el secretario Fernad Álvarez y uno llamado Don Diego de Guynar al que por entonces se le había ordenado ir a Inglaterra, y el doctor de Puebla y Juan de Sepúlveda, caballero de la casa real. Y dichos embajadores se quedaron en Medina por espacio de cuatro días después de la marcha de los reyes. Y el último día de marzo nos marchamos de Medina camino de Portugal, y fuimos a yantar a un pueblo más allá de Medina llamado Bobadilla, que está a tres leguas de Medina. Y desde Bobadilla fueron a pasar la noche a otro pueblo llamado Rágama, que está a cuatro leguas de Bobadilla. Y el primer día de abril dejaron Rágama y fueron a comer al pueblo llamado Salmoral, que está a otras cuatro leguas de Rágama. Desde Salmoral fueron a dormir a un pueblo llamado Diogalur (?), que está a otras cuatro leguas. Desde Diogalur salieron el día dos de abril y fueron a cenar a Puente del Cangosto, que está a otras cuatro leguas. Y desde Puente del Cangosto se quedaron a dormir en un pueblo llamado Beigar (Béjar ?) de Castarnghaur (Cantagallo ?), que está a otras cuatro leguas.

En esta población de Beigar [Béjar] dichos embajadores encontraron al duque de Plasencia, que había llegado la tarde anterior a dicha población. Y cuando oyó las noticias de que los embajadores habían venido a pernoctar a la población, inmediatamente dispuso que una casa que tenía en dicho pueblo fuera preparada y así los albergó en ella. Y entonces hizo que se les preparara la cena muy abundantemente, con delicioso pescado fresco, de mar y de agua dulce, y reposaron bien. Pero no hablaron con él ni lo vieron, pues era muy tarde, sino que él envió a decirles por medio de un sirviente mayordomo que eran bienvenidos y que les proporcionaría tanta diversión como pudiera, de todo corazón, y que él sabía muy bien que tal era la voluntad del rey su soberano señor que así se hiciera, y que si era su voluntad descansar en esta población ello le causaría gran placer y que él los llevaría de cacería y les daría cuanto divertimento pudiera. Y dichos embajadores contestaron que le quedaban muy reconocidos por el gran entretenimiento y el jovial esparcimiento que les había dispensado. Y que con su permiso, partirían muy temprano a la mañana siguiente, lo que hicieron. Y era día tres de abril y fueron a tomarse un tentempié aquel día al pueblo llamado Aldeanueva, que está a cuatro leguas de Beigar; y desde Aldeanueva fueron a dormir a Villar, que está a tres leguas (más allá). Y desde Villar fueron a la ciudad de Plasencia, que está a tres leguas.

Y entraron en Plasencia el día cuatro de abril, y allí encontraron a otro caballero llamado don Francisco de Stúñiga, tío del duque de Plasencia. Pero el duque y él estaban desavenidos, por-

que don Francisco había arrebatado dicha ciudad de Plasencia al duque y la había entregado al rey de Castilla. Este don Francisco recibió a dichos embajadores muy dignamente en su residencia. Y durante ese día permanecieron en dicha ciudad, alojados con él en su casa. Allí cenaron y comieron en sus habitaciones, pero no con él, porque él deseaba estar con mi señora su esposa. Y porque no es la costumbre del país que las mujeres salgan a comer en compañía de extraños, esta era la razón de que estuvieran solos.

Y al día siguiente, domingo de Pasión, oyeron misa en la misma residencia. Y después de la misa comieron muy bien. Era día cinco. Y subieron a caballo, y el señor don Francisco también montó una fina jaca y los escoltó hasta el límite de la ciudad y allí se despidió de ellos. Aquella noche fueron a dormir a un pueblo llamado Cañaverál, que está a siete leguas de Plasencia. Y más allá de Cañaverál, Richmond abandonó a los embajadores y se adelantó al trote para (anunciar) su llegada en la primera población del reino de Portugal. Y por la mañana del día seis salió y fue a tomar un refrigerio en el buen pueblo llamado Rue de Poirquo (?), que está a siete leguas de Cañaverál y donde hay un río que hay que cruzar en barco a dos leguas de Cañaverál, que llaman Tajo. Y este río corre hacia la ciudad de Lisboa en el reino de Portugal. Y desde Rue de Poirquo el dicho Richmond fue a dormir aquella noche a un bosque en el que había sólo dos casas, y que estaba a cinco leguas de Rue de Poirquo, y el nombre de ese lugar con dos casas es La Vente. Desde La Vente salió a almorzar a una población llamada Albuquerque, que está a cuatro leguas más allá de La Vente. Y desde Albuquerque fue a dormir a la población de Elvas, que está a seis leguas de Albuquerque. Y esta Elvas está en el reino de Portugal, una villa buena y fuerte. Richmond llegó a esta población de Elvas en Portugal el día ocho de abril. Y tan pronto como llegó se dirigió a hablar con los gobernadores de la villa para comunicarles la arribada de los delegados y también para disponer su alojamiento. Y al día siguiente dichos gobernadores ordenaron que se preparara el alojamiento para los embajadores. Y después de hecho esto, Richmond mandó a un emisario con una carta suya al soberano de Portugal para hacerle saber que dichos delegados habían entrado en su reino. Y eso fue el día ocho de abril.

Y el nueve de abril dichos embajadores entraron en Elvas a mediodía. Y permanecieron en esta población, hasta que recibieron noticias del rey concernientes a sus deseos. Es verdad que durante el tiempo en que estos embajadores estuvieron en la villa de Elvas, tan pronto como llegaron él les envió un regalo, que era una carga de vino y tres de avena para los caballos y un gran plato de confites y otro de pescado seco hecho a la manera del país, y les pidió que le perdonasen por no haber ido a recibirles al sendero, y que había hecho eso porque la costumbre del país era que cuando la esposa u otro familiar de un caballero muere, los más allegados y los amigos se quedan en la casa durante algunos días, y así lo hacía este caballero. Después de que este caballero (cuyo nombre era Ruy de Abreu, capitán del castillo de dicha población) hubo mandado su presente, otro caballero, primo hermano de aquel hidalgo capitán del castillo, llamado Guionel Pestana (que era capitán de la villa), envió a los embajadores un regalo, a saber, vino y frutas, viandas dulces y otras exquisiteces. Y después de todo esto, la ciudad les hizo una

ofrenda, a saber, una cesta llena de pescado, tanto de agua dulce como salada, en gran abundancia, así como vino, pan y frutas, y gran cantidad de otras cosas.

Estos embajadores permanecieron en Elvas por espacio de cuatro días, y pasaron el domingo de Ramos en dicha villa; y después de haber oído misa, los sarracenos y sus mujeres se presentaron a danzar ante dichos embajadores y asimismo los tocadores ejecutaron sus partituras tan bien como pudieron. Y el día trece de abril los embajadores partieron (para ir) hacia el rey, en compañía de los caballeros de la casa real a quien el monarca había enviado para escoltarlos. Y fueron acompañados fuera de dicha villa por los estamentos y gobernadores de dicha villa en la forma más solemne posible. Y aquel mismo trece de abril se quedaron a dormir en una población llamada Villa Vicoso, que está a cuatro leguas de Elvas, yendo hacia Beja, donde paraba el rey.

Llegó a aquella población de Villa Vicoso un caballero enviado por el rey, que les dijo que el soberano los saludaba y mandaba decir que, como habían venido durante la Semana Santa, y que como era la costumbre, de acuerdo con ella, él se había retirado a una iglesia desde el jueves hasta la víspera de Pascua, una vez finalizada la misa mayor; por esta razón le parecía que sería mejor (para ellos) permanecer durante Pascua en Villa Vicoso que proseguir, ya que esta población era la mejor antes de llegar a donde el rey se encontraba; sin embargo lo dejaba a su propia discreción. Los embajadores repondieron que les parecía mejor acercarse hasta una distancia de un día con respecto al rey. Y el dicho caballero, escuchando la respuesta de ellos, les dijo que todo estaría a su gusto. Y así salieron inmediatamente y fueron a dormir esa noche a tres leguas de Villa Vicoso a una villa llamada Redondo. Y estos embajadores fueron recibidos y acompañados fuera de la dicha ciudad de Villa Vicoso por tres nobles hombres, los hijos de un noble caballero llamado Aires de Mirando. Y estaban estos tres gentilhombres muy bien acompañados por cuarenta caballeros elegantemente montados sobre finas jacas. Después de que estos delegados hubieron entrado en la población, la madre de estos nobles caballeros envió a los embajadores un presente de dos o tres tipos de vino y conservas, y a la mañana siguiente lo mismo; y envió a decirles que si mi señor su marido hubiera estado en casa, les habría dado posada en su hogar, y por ello (ella pedía) que se dignaran excusarla.

Este caballero que el rey había enviado para ellos en Villa Vicoso se llamaba señor Gil Matoso, y llegó a donde se hallaban el día catorce de abril; y el quince dejaron Redondo y fueron a comer a una población llamada Portel. Y en esa villa se alojaron en casa de un caballero llamado señor Fernand Alvares Madureira, y se detuvieron allí durante cinco días. Y como era cerca de Pascua el rey deseaba que permanecieran durante la Pascua en esta villa, y así lo hicieron. Y dicho caballero sufragó todos los gastos de comidas y de ropa durante el tiempo que estuvieron allí. Y no hubo escasez de exquisitos víveres, sino gran abundancia.

El día veintiuno de abril los embajadores dejaron dicha villa de Portel y se fueron a comer a la villa llamada Vivigueira, que está a dos leguas de Portel. Y allí se encontraba la casa real. En Portel se había preparado un gran festival para los embajadores, bailes de hombres y mujeres a la moda del país, corridas de toros y combates cuerpo a cuerpo—, toda la diversión y el solaz

posible se organizó en su honor. Es verdad que a una legua de esa villa llamada Vivigueira, donde estaba la corte real, el gran canciller de Portugal llegó bien atendido por varios nobles y personas de alto linaje, como caballeros, doctores y procuradores, abogados, escuderos y otras personas de condición hasta el número de cien. Y allí dicho canciller dio un gran recibimiento a los embajadores de parte del rey, su señor soberano: la conclusión del discurso era que dicho rey, su soberano, estaba muy contento con su llegada, y que serían bienvenidos a su tierra, y no como extraños, sino como gente de su propio reino, porque él tomaba al rey de Inglaterra, su primo, como a su propio hermano, su verdadero amigo y viejo aliado, y por esta razón eran bienvenidos en su reino más que otros, de cualquiera de las naciones.

Después de que el canciller hubo pronunciado este saludo, el doctor Savage, como hombre de alta condición, contestó a dicha recepción de tal forma que el canciller y todos los demás caballeros de su compañía le dispensaron grandes alabanzas. Y así, después de esto, cabalgaron juntos hacia dicho pueblo. Y allí los embajadores comieron con un caballero llamado señor Alvaro de Caminha. Y después de almorzar el canciller llegó a caballo a buscarlos a sus aposentos y cabalgó en su compañía camino de Beja, donde estaba el rey. Y cuando estaban a una legua de dicha ciudad les salieron al paso el Gran Senescal de Portugal, el Capitán de Portugal, y otro barón llamado Senhor Ruy de Soussa, que los recibió de parte del rey, su señor soberano. Y así cabalgaron hasta que estuvieron a media legua de la ciudad. Y allí encontraron otra vez a varios nobles señores, que eran el Marqués de Vila Real y el conde (en blanco), el conde de Marialva, el conde D'Abranches, el conde (en blanco), y otros grandes señores y barones, caballeros y escuderos, y un gran número de otras personas nobles, todas montando buenos y bellos caballos y mulas, y bien vestidos. Y así cabalgaron hasta llegar a un cuarto de legua de la ciudad. Y allí de nuevo les recibieron el obispo de Lamego, el obispo de Ceuta, y el prior de la orden de San Juan, llamado el Prior de Crato, y otros caballeros, heraldos y trompeteros, que continuaron tocando la trompeta hasta que hubieron entrado a la villa.

Y cuando estaban a un tiro de arco de dicha ciudad, en la puerta de la misma había una torre bella, alta y robusta, fortificada con mármol. Y esta torre estaba llena de estandartes, y había en sus pilares varios artilleros que dispararon una salva desde varios cañones. Y después de que cesaran los cañonazos los juglares empezaron a tocar sus «*cherumbelles*» y sacabuches (en una forma) maravillosamente agradable de oír desde la altura en la que estaban en la torre. Y así toda esta gente, que llegaba al número de siete u ochocientos jinetes, los acompañó (a los embajadores) a sus alojamientos. En sus aposentos encontraron la cena preparada, en gran abundancia de víveres, pan, vino y todo lo necesario.

Y al día siguiente, veintidós de abril, los embajadores fueron convocados por el obispo de Évora, el obispo de Ceuta y varios nobles, para comparecer ante el rey. Ese día fue la víspera del día de San Jorge y allí los embajadores, es decir, el señor Richard Nanfan, dieron sus misivas al rey. Y el doctor Savage pronunció el discurso, que estaba magistralmente construido y resultó agradable de oír, y por el que recibió grandes alabanzas y cumplidos. Y después del discurso el rey los llevó aparte y conversó un poco con ellos, y después fueron a besar la mano del prínci-

pe y saludaron al duque de Visseu, primo hermano del rey, y hermano de la reina de Portugal. Y una vez hecho esto, el rey les preguntó si oírían las vísperas de San Jorge, y ellos contestaron que lo harían y así acompañaron al monarca a la iglesia. Y después de dichas las vísperas, los embajadores le siguieron fuera de la iglesia. Y allí el rey les ordenó que fueran a su alojamiento y les escoltó el mismo séquito que los habían traído ante el rey. El día siguiente, veintitrés de abril, día (en blanco). El día veintiséis el rey organizó corridas de toros para los embajadores. Y el rey y la reina asistieron, ambos muy pomposamente engalanados, y todas las nobles damas, y era bello ver al rey y a la reina cabalgando a la par.

Y ese mismo día los embajadores almorzaron con el obispo de Évora, que es primo del rey, y cuyo nombre es (en blanco), quien les ofreció un gran banquete. Y varios nobles caballeros de su linaje y otros comieron en su compañía. El martes, veintiocho de abril, tomaron una succulenta comida con el capitán de Tanger, llamado don Juan de Meneses, quien montó un gran festejo y varios nobles comieron con ellos. Fueron acogidos en la comida con varios entretenimientos y música, como la de cantantes, trompetas, clarines, sacabuches y otros tipos de instrumentos. El miércoles día veintinueve de abril, se les invitó a ir de cacería con el obispo de Lamego, que envió por ellos a las seis de la mañana y les hizo cazar y cazar con halcón, y disfrutaron a más no poder. Y después de la cacería por la mañana les dio un magnífico festín en un jardín, al cual asistieron también varios nobles caballeros y gente de alta condición.

Y el domingo tres de mayo comieron con el marqués de Villa Real, que también organizó un gran entretenimiento para ellos. Al monarca se le otorgó la Orden de la Jarretera el día dos de mayo, muy solemnemente, en presencia de varios nobles de su reino. Y observó la fiesta de San Jorge como solía hacerse en Inglaterra, es decir, empezó a guardarla el sábado en la comida y con el mismo traje se sentó a comer, cabalgó después de la comida hasta vísperas sobre un bello corcel; y desde vísperas de nuevo hasta la cena. Y lo mismo al día siguiente, lo cual fue una bella escena. Y después de que se dijera las segundas vísperas, el rey se retiró a su aposento para quitarse los ropajes de la dicha Jarretera y se puso otros. Y durante este tiempo el príncipe y el duque permanecieron en otra habitación, conversando con los embajadores. Después llegó el rey y fueron a buscar a la reina, y la condujeron al gran salón para bailar y hacer una fiesta en honor de la Jarretera. El rey y la reina bailaron en un círculo juntos. Y mi señor el príncipe portaba un antorcha delante de ellos, bailando solo. Después de que el rey hubo bailado, el duque salió a bailar con una joven dama. Y poco tiempo después el príncipe fue a bailar una ilustre danza con otra damisela. E inmediatamente después de que acabara la celebración, el rey y la reina se retiraron. Y los embajadores fueron conducidos a sus alojamientos por el canciller de Portugal y el obispo de Ceuta.

Y así los embajadores permanecieron en Beja durante un mes después de que el rey hubo recibido dicha Jarretera. Y fueron despedidos por el monarca el día veintitrés de Mayo. Y el rey corrió con todos los gastos que tuvieron en dicha ciudad. E hizo que se obsequiara a Mr. Richard Nanfan con una copa dorada por valor de cuarenta marcos completos. Y le dio en esta copa doscientos justos que valían doscientos veinte marcos. Y el doctor Savage recibió otra copa

del mismo tamaño, peso y forma, y también dorada, y en ella trescientos *espadins* que valían sesenta libras y más. Y al rey de armas Richmond le había dado en un guante cincuenta *spadins*, que valían más de diez libras.

Y el día veinticinco de mayo los emisarios partieron de Beja, y fueron escoltados fuera de ella por el obispo de Ceuta, señor Ruy de Soussa, el canciller de Portugal y otros. Una vez hubieron partido, el duque de Beja, primo hermano del rey, mandó detrás de Mr. Richard Nanfan un caballo moro llamado Le Teliz que era considerado el mejor del reino, para que se lo entregaran. Y la silla y las bridas estaban todas fabricadas a la moda mora. Las testeras y los estribos eran todos de oropel plateado Y valían cincuenta marcos. Y la tela de la montura estaba espesamente bordada con hilo de oro, así que dicho caballo y su arnés valían doscientas libras esterlinas. El caballo fue presentado ante él en un pueblo llamado Le Tourrom, a donde fueron a dormir la noche en que dejaron la ciudad de Beja en su camino hacia Lisboa, y a siete leguas de dicha ciudad de Beja.

El día veintiséis de mayo durmieron en Alcácer do Sal, una buena y pequeña ciudad que está en la costa. Y allí subieron a bordo de un barco el día veintisiete, que era la víspera de la Ascensión, y fueron a dormir a otra ciudad llamada Setúbal, que está a nueve leguas de Alcácer do Sal. Desde Torron hasta Algacer hay cinco leguas. Y en dicha ciudad de Setúbal permanecieron todo el día de la Ascensión. Y el día 30 entraron en la ciudad de Lisboa. El rey había dispuesto que se alojaran en su casa, llamada el albergue del Rocío. En dicha ciudad los embajadores encontraron a Mr. Edward Brandon, que durante el tiempo en que anduvieron en la ciudad, los acompañó e hizo todo lo que pudo para hourarles, y los agasajó en su casa dos o tres veces de la forma más exquisita. Los embajadores estaban acompañados por los mercaderes residentes en dicha ciudad que procedían del reino de Inglaterra, como Thomas Smithe, Thomas Tirry, William Cabol, Thomas Baker, y otros comerciantes de la ciudad de Londres y de la de Bristol. Cinco o seis días después de que llegaran, Mr. Richard Nanfan cargó y fletó un navío de Bristol llamado la Marie Gallante de veinte toneladas de peso, el cual cargó con sal. Y el doctor Savage fletó otro bajel que era de Vizcaya, llamado (en blanco) de siete veintenas de toneladas de peso, que también cargó de sal y azúcares.

Y cuando dichos navíos estuvieron cargados, el día veinticuatro de junio, que era el día de la Natividad de San Juan, el señor de Saint Germain ancló en Cascais, una senda que está a cinco leguas de Lisboa, y allí tomó tres barcos ingleses, uno de cien toneladas, otro de cuatro veintenas y otro de sesenta toneladas, ante estas nuevas los embajadores se quedaron en dicha ciudad hasta que encontraron y obtuvieron medios de hacer que dicho San Germán partiera. E hicieron que el rey de armas Richmond escribiera una carta al dicho Saint Germain para hacerle entregar dichos barcos, sus pertenencias y prisioneros, pues no entendían que hubiera ninguna guerra entre los dos reyes, o que se hubiera roto tregua alguna. A dicha carta [Saint]Germain respondió que le gustaría encontrárselos en alta mar, y que les mostraría entonces si había o no guerra entre los dos reyes. Y que no daría ninguna otra respuesta. Y cinco o seis días después de que llegara esta razón, el dicho señor de Saint Germain salió de Cascais

y fue a ver al rey de Portugal, que estaba en Algarve, en la ciudad de Taville. Los embajadores salieron de Lisboa después de que se hubiera marchado, el día tres de julio, para embarcar. Y durmieron en un pueblo que está a tres leguas de Lisboa, llamado Wiweires, y se quedaron allí durante cuatro días.

Y el día siete del dicho mes de julio, los embajadores subieron a bordo de su barco para ir a Inglaterra, alrededor de las ocho o las nueve de la mañana, y ese día fueron con las velas desplegadas. Y pasaron diez días entre Wieres y el Cabo de Finisterre antes de poder doblar dicho cabo. Y el día diez por la mañana, entre las cinco y las seis, el viento vino del suroeste y así empezó a soplar de tal modo que por la tarde, a las tres en punto, doblamos dicho cabo. Y después de doblarlo así, el viento aumentó tanto como pudo, cada vez más, hasta el punto de que el día once, después de nuestra salida, por la tarde, al ponerse el sol, había pasado la mitad del mar de España entre dicho cabo y la tierra de Inglaterra, que estaba a setenta leguas; porque entre una tierra y otra distan cuatro veintenas de leguas, y entre la ciudad de Lisboa y dicho cabo de Finisterre hay cuatro veintenas de leguas, por lo que hicimos tanto camino después de haber pasado dicho cabo en un día y una noche como habíamos cubierto en los otros diez días antes mencionados; así que mantuvimos nuestra ruta todo el día 11, que era viernes, hasta el mediodía. Y ese viernes día once, al mediodía como he escrito antes, el viento de repente cambió del sur al norte, justo lo contrario. Y después de que llegara del norte, empezó a amainar. Y esa calma duró toda la noche hasta el siguiente día, que era el décimosegundo día desde nuestra salida, y era sábado, hasta el mediodía. Y al mediodía cambió el rumbo al sureste; y así permaneció hasta las tres en punto de la tarde. Y entonces llegó una agradable brisa fresca del suroeste, que duró toda la noche y el día siguiente, que era domingo y día trece. Y sopló tan fuerte que nos impulsó tres leguas completas en una hora y fue el mejor tiempo que cualquier hombre pudiera desear. Este tiempo duró todo el día hasta la medianoche. Y a la medianoche, cuando salió la luna, el viento cambió de nuevo hacia el norte y el nornoroeste. Y esta mañana, que era la del día décimocuarto de nuestra travesía, el tiempo se puso muy malo, con viento y mucha lluvia; y entonces estábamos a sólo quince leguas de la isla de Sorlingue. Y ese viento contrario con lluvia persistente nos detuvo todo ese día y el siguiente, que era el décimosexto día, y el de la Magdalena. Tuvimos grandes dificultades para doblar el cabo de Corriwall; sin embargo, lo doblamos el lunes por la tarde con grandes esfuerzos a las cuatro en punto de la tarde. Y después de doblarlo, ese mismo viento nos alejaba de la costa, aunque estaba calmado, por lo cual no pudimos acercarnos a tierra. Y al día siguiente, día de la Magdalena, tomamos tierra en Padstow en Comwall.

Y por la mañana a las seis en punto sir Richard Nanfan atracó con toda su gente. El doctor Savage se separó de Sir Richard Nanfan inmediatamente después de doblar dicho cabo y se dirigió hacia Bristol con su barco. Después de que Sir Richard atracara, el rey de armas Richmond se separó para dirigirse a su propia casa. Dicho caballero se lo permitió, rogándole a Richmond que un día después de su llegada al hogar cabalgara a ver al rey para hacerle saber a su gracia que él había atracado y también que el doctor había seguido rumbo a Bristol, donde

tomaría tierra. Y así lo hizo Richmond, y fue a dormir esa tarde al pueblo que está a veinte millas de Padstow, llamado Launceston. Y al día siguiente durmió en Exeter, que está a treinta y cinco millas de Launceston, y eso fue el día veintitrés de julio. Y desde Exeter salió el día veinticuatro, y fue a dormir esa noche a Shaftesbury. Y al día siguiente, que era veinticinco, yo fui a dormir a mi propia casa de Southampton, y allí me quedé hasta el día veintisiete. Y el veintiocho llegué [donde] su gracia el Rey [estaba] en su castillo de Windsor, donde le di nuevas de los reyes de Castilla y del rey de Portugal y de la llegada de los embajadores a Inglaterra con noticias de dichos reyes. Y así di fin a mi viaje ese día, el veintiocho de julio.